
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
HORROR ABSOLUTO

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

HORROR ABSOLUTO

Colección SELECCION TERROR n.° 576
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

570 - *Ocultos tras la publicidad.* Ralph Barbv.
571 — *Lobos contra lobos.* Clark Carrados.
572 — *Ofelia.* Ralph Barby.
573 — *Cadáveres sin alma,* Curtis Garland.
574 — *Sangrienta evocación.* Frank Caudett.
575 — *Fauces sangrientas.* Lou Carrigan.

ISBN 84 02 02506-4
Depósito lega): B. 9.546 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: abril. 1984

1.a edición en América: octubre. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paréts del Vallés (N 152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El coche se detuvo frente a la casa, apenas visible en la oscuridad, y su conductor la señaló a la pasajera que viajaba en el asiento posterior.

—Ahí la tiene usted, señorita —dijo.

—¿Es ahí? —preguntó Gladys Moore, un tanto aprensiva.

—Sí, señorita, esa es Kelphax House. Usted me pidió que la trajera aquí...

—Sí, sí. ya lo sé. Pero me la imaginaba más... moderna...

—Bueno, la casa ya tiene casi doscientos años de antigüedad, aunque está muy bien conservada. Sin embargo, ha permanecido deshabitada durante un montón de tiempo, hasta que la alquilaron los actuales ocupantes.

—¿Los conoce usted?

—Van muy poco por el pueblo. Siempre envían a un sirviente o algo por el estilo para que les compre provisiones. Un tipo nada agradable, créame.

—¿De veras?

—Parece un monstruo de película... ¿Ha visto usted alguna vez «El Jorobado de Nuestra Señora», esa que el protagonista era un campanero horriblemente deformado...? Charles Laughton hizo una interpretación genial, claro que entonces tenía usted muy pocos años, si es que había llegado a nacer...

Gladys sonrió.

—No había nacido, pero he visto la película varias veces. Está bien, dígame que le debo...

—Se va a quedar aquí, supongo —manifestó el conductor.

—Si. Me harán unas pruebas y luego me devolverán a Londres o me traerán a la estación, no lo sé aún con exactitud. Pero no se preocupe por mi.

Gladys saltó del coche momentos después, frente a la casa que se alzaba sobre una pequeña eminencia, rodeada de árboles, un par de los cuales aparecían secos, desnudos por completos de hojas, alzando patéticamente al cielo sus ramas ya estériles. Le pareció que la casa era la misma que la de «Psicosis», de Hitchcock y Tony Perkins, aunque de dimensiones bastante mayores.

Había mucha humedad en el ambiente y parecía que cala una fina llovizna, pero era la niebla, que iba y venía en largas rachas, movidas por una suave brisa. A veces. la niebla parecía envolver a la casa con sus hilachas, como si quisiera ocultarla a los ojos de la gente. El ambiente le pareció a Gladys fúnebre, triste y deprimente.

El coche dio media vuelta y desapareció en las tinieblas. Gladys,

con un pequeño maletín en la mano, avanzó hacia la casa.

Había una lámpara encendida en el porche de tejado a dos aguas, sostenido por dos columnas de madera. Llegó a la puerta, alzó el llamador y golpeó un par de veces. Los golpes retumbaron con prolongados ecos en el interior de la casa.

La puerta se abrió al cabo de unos segundos. Gladys emitió un grito de terror.

El taxista tenía razón, se dijo. El hombre que había abierto era un pobre ser deforme, con la cuenca del ojo izquierdo vacía, una cicatriz que iba desde el mismo lado de la cara, de la frente a la barbilla, partiendo la ceja en dos, y falto de varios dientes, lo que apreció al verle sonreír para darle la bienvenida.

Resultaba patéticamente ridículo y horripilante al mismo tiempo, con su enorme joroba, ladeada hacia la izquierda, lo que le hacía ir constantemente inclinado hacia el lado opuesto y un brazo algo más largo que el otro. La barba era escasa, rala, pero, en cambio, los dorsos de las manos aparecían cubiertos de un espeso vello.

—So... soy Gladys Cooper... —dijo la joven tímidamente.

El jorobado emitió unos sonidos inarticulados, a la vez que se señalaba la garganta y movía negativamente la cabeza. Gladys comprendió: era mudo.

—En efecto, señorita Moore —sonó una voz en alguna parte del interior de la casa—. Everard es mudo y no puede, por tanto, hablar, pero si oye perfectamente y atenderá con gran placer la menor de sus órdenes. Permítame que me presente: Ranee Vaughan, el director de la película que, podría ser, la tuviera a usted como protagonista.

Terriblemente intrigada. Gladys avanzó un par de pasos.

—¿Dónde está usted, señor Vaughan?

—No se preocupe, señorita Moore. Yo si la veo a usted y. desde el primer momento, estoy filmando sus reacciones. Se ha asustado muchísimo al ver a Everard, pero ha sido una reacción enteramente normal, completamente genuina, que dará en la pantalla un resultado infinitamente superior que si hubiera sido advertida con anticipación.

—Muchas gracias, señor Vaughan —contestó la joven— La verdad es que no quisiera ofender al señor Everard, pero...

—Everard, a secas, es suficiente —indicó la voz—. ¿Se siente usted demasiado cansada, señorita Moore?

—Oh. no, en absoluto. Podría empezar ahora mismo...

—Bien, perfecto. Everard, lleva el equipaje de la señorita a su habitación. Usted, señorita Moore, mírelo ahora con una expresión mezcla de alivio y de pena, ¿entendido?

—Si, señor.

La joven procuró adoptar la expresión indicada. Everard la dirigió una horrible sonrisa, que quería significar simpatía, pero que a Gladys

le pareció daría escalofríos a cualquiera, y luego se retiró hacia la escalera que conducía al piso superior.

Vaughan volvió a hablar de nuevo:

—Señorita Moore, no olvide algo muy importante. Tengo varias cámaras instaladas en los lugares por donde ha de moverse usted, de modo que, en todo momento, deberá comportarse como si estuviese rodando. Son pruebas, ya lo sé, pero de su resultado depende que usted sea la «estrella» de mi próximo filme. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Va a ser una película de terror, con algo de sexo, aunque no excesivamente, por supuesto; no pretendo rodar un filme pornográfico. Pero la belleza en apuros siempre encaja bien en un argumento de terror. Ahora, vaya usted, mientras se quita el impermeable lentamente, hacia la puerta de la derecha y se sentará frente a ella..

Gladys hizo puntualmente todo lo que le decía Vaughan le indicaba. Pasado un buen rato, oyó al director:

—Hagamos un descanso. Everard le servirá algo de comer. Después le daré nuevas instrucciones.

* * *

Mientras comía, atentamente servida por Everard, Gladys se dijo que. con un poco de suerte, podría saltar a la fama. Vaughan parecía un tipo excéntrico, pero le había enviado doscientas libras como anticipo por las pruebas a realizar en Kelphax House y eso no lo hacía cualquiera.

Se preguntó qué diría su amiga Hermione Sheats si la pudiera ver en aquellos momentos. Le habría gustado traerla consigo, pero Hermione tenía sus ocupaciones y no había podido abandonar Londres. Además, prefería estar sola.

«Por su fracaso», pensó.

Al terminar la cena, se reclinó en un sillón cerca del fuego. Momentos más tarde, se oyó de nuevo la voz de Vaughan:

—Señorita Moore, comenzamos el rodaje. Ahora, fíjese bien, va a salir de la habitación y recorrerá la casa, con una palmatoria encendida, que encontrará en una consola junto a la puerta. En todo momento, usted expresará curiosidad y temor. No exagere, procure que los sentimientos sean naturales. ¿De acuerdo?

—Si, señor

—Otra cosa, señorita. En determinados momentos, usted verá fogonazos muy intensos. No se preocupe: sólo son simulaciones de

relámpagos. En una película normal, se añaden luego los sonidos de truenos. Pero es necesario que su rostro se vea iluminado a veces por el resplandor de los relámpagos.

—Comprendido —dijo Gladys.

—Perfecto. Entonces, ¡adelante

Gladys empezó a recorrer la casa, con la vela en la mano, procurando en todo momento adoptar la expresión requerida. De repente, al abrir una puerta, vio a un hombre colgado del cuello por una cuerda que pendía del techo y lanzó un grito de horror.

—¡Maravilloso! —dijo Vaughan segundos después—. ¡No se preocupe; es sólo un maniquí!

—Me he llevado un susto espantoso —declaró la joven.

—Si se lo hubiese advertido, ¿habría actuado tan bien como lo ha hecho desconociendo lo que iba a ver?

Gladys se echó a reír.

—Evidentemente, no —convino.

—Perfectamente, Ahora viene la última prueba de la noche.

—Estoy dispuesta, señor Vaughan.

—Va a ser la más larga, pero después podrá descansar y quedarse en la cama hasta mañana, a la hora que le apetezca descansar. Ahora, escuche con atención...

Gladys frunció el ceño al enterarse de lo que se le pedia, pero se resignó, pensando que otras, con mayores títulos, habían hecho cosas aún peores.

«A fin de cuentas, sólo se trata de quitarse la ropa», pensó, mientras lo hacía en el dormitorio que le había sido indicado.

Al quedarse completamente desnuda, acción que había realizado con gran lentitud, cogió el vaporoso camisón que había encontrado sobre la cama, y se dispuso a ponérselo. Entonces se abrió la puerta y apareció Everard.

—Está enamorado de usted —dijo Vaughan—. Lleva tiempo viviendo en la casa y siente hacia usted una pasión morbosa, que no puede expresar con palabras. Usted le rechazará, pero él querrá forzarla y entonces se verá obligada a huir...

Everard avanzó hacia ella, caminando lateralmente, a pequeños y ridículos saltitos. Gladys le contemplaba horrorizada, tapándose parcialmente el esbelto cuerpo con el camisón.

Everard se acercó a ella. Ahora tendría que defenderse de su acoso y escapar, dejando el camisón en las manos del jorobado. Completamente desnuda, correrla hacia cierta puerta situada en la planta baja, una especie de compartimento secreto, cuya situación conocía, y se escondería allí, hasta que considerase pasado el peligro. Entonces finalizaría el rodaje por aquella noche.

El jorobado alargó sus velludas manos hacia la joven. Gladys le

contemplaba como petrificada por el horror, pero, de pronto, le rechazó con una mano, apoyada en el saliente pecho, una especie de segunda joroba, aunque de menores dimensiones que la de la espalda.

Gladys notó algo extraño, pero no tuvo tiempo de reflexionar demasiado. Era preciso echar a correr y lo hizo, mientras Everard, con el camisón en las manos, trataba de recobrar el equilibrio.

Sin una sola prenda de ropa sobre el cuerpo, Gladys salió al corredor y descendió a la planta baja. Detrás de ella sonaban los torpes pasos del sirviente.

En pocos segundos, alcanzó la puerta previamente señalada. Abrió y cerró velozmente, encontrándose en un cubículo de dimensiones poco mayores que una cabina telefónica.

En la puerta, por el lado interior, había un espejo de cuerpo entero. Una potente lámpara en el techo proporcionaba luz suficiente para que pudiera ver sin dificultades.

Se puso una mano en el pecho, como si sintiera temor, fingiendo también jadear a causa del esfuerzo. Habría una cámara en aquel cubículo, naturalmente.

De súbito, sintió en el cuello una intensísima sensación de frío.

Durante un segundo, no supo a que atribuir aquella horrible sensación. Pero estaba frente al espejo y vio algo espeluznante.

Tenía una raya roja en la garganta y la raya crecía y derramaba un líquido escarlata que corría por sus hombros, sus senos y su espalda. Entonces, durante una fracción insignificante de segundo, entró en su cerebro la comprensión de lo que le había sucedido.

¡Le habían cortado la cabeza!

Sus rodillas empezaron a doblarse, mientras la cabeza se inclinaba a un lado, para caer al suelo antes incluso que el cuerpo. Del cuello decapitado brotaban torrentes de sangre.

La voz de Vaughan sonó una vez más, sin la menor emoción:

—Una toma perfecta —dijo—. ¡Corten! ¡El rodaje ha concluido por esta noche!

CAPITULO II

Hermione Sheats se apeó del tren y, en el andén de la estación de Tyllencoon buscó con la mirada algo que le pareció no iba a encontrar. De pronto, un hombre de mediana edad, se acercó a ella, con la gorra en la mano.

—¿Taxi, señorita?

Hermione sonrió ligeramente.

—Creo que lo necesitaré —dijo—. Sobre todo, si el lugar al que voy a trasladarme está muy lejos de la población.

—Según adonde vaya, señorita... ¿Puede indicarme, por favor?

—¿Conoce usted Kelphax House?

El taxista la miró con curiosidad.

—He estado allí en alguna ocasión —declaró—. ¿También va a hacer cinc, señorita?

—Oh, no —contestó Hermione—. Sólo quería ver... En fin, ¿puede llevarme a Kelphax House?

El hombre volvió a cubrirse.

—Venga conmigo, señorita. Ah, me llamo Harry McDohan, pero puede llamarme Harry a secas.

—Gracias, Harry. Mi nombre es Hermione Sheats. No pienso estar mucho en Kelphax House, de modo que tendrá que aguardarme.

—No habrá problemas, señorita Sheats.

Hermione encontró el pueblo muy agradable, pequeño, pero bien cuidado y con un aire bucólico y tranquilo, que le hizo pensar en una vida apacible y sin sobresaltos. Pero también habría envidias, mezquindades y rencores en sus habitantes. «Es algo inherente a la condición humana», se dijo.

Al salir de la ciudad, atravesaron un puente bajo el ferrocarril. El tren en que había viajado realizaba su trayecto por un ramal secundario y llevaba carga y pasajeros, remolcado por una vieja pero eficiente locomotora de vapor. Un penacho blanco surgió de la máquina bruscamente y Hermione oyó el agudo silbido con toda claridad.

El camino se deslizaba por un paisaje encantador, que parecía de ensueño al ser iluminado por el sol de finales de mayo. Todo estallaba de verdor y abundaban las flores silvestres. Vio unos cuantos cerezos y le pareció que había nevado en plena primavera.

Pero luego, cuando vio la casa, se sintió profundamente deprimida.

—¿Fue aquí donde vino la señorita Moore? —preguntó.

—¿De quién está hablando? —preguntó McDohan.

—Bueno, yo mencioné a una amiga... Gladys Moore, una joven de mi edad, aproximadamente, morena, muy guapa... Tuvo que venir

aquí hará un par de meses y acaso utilizó su taxi, Harry.

—La recuerdo perfectamente, aunque ella no me dio su nombre. Pero ya no está en Kelphax House.

—¿No? —se sorprendió la muchacha.

McDohan paró el coche y se volvió en su asiento.

—Lamento tener que cobrarle la carrera, pero usted no me dijo nada cuando me pidió la trajera a Kelphax House. Yo creí que era usted su dueña...

—Es la primera vez que vengo a este lugar —declaró Hermione.

—Bien, repito que lo siento, señorita Sheats. Ella, su amiga, quiero decir, vino aquí para hacer unas pruebas de cine, según me dijo. Manifestó también que los ocupantes de la casa la devolverían a la estación o la llevarían directamente a Londres.

—No ha vuelto a Londres. Yo lo sabría; vivíamos juntas, Harry.

—Quizá obtuvo un buen contrato y se marchó con los «peliculeros».

—Me lo habría dicho, sin duda alguna. Además, hubiera vuelto al apartamento a recoger algunas de sus cosas o tal vez habría enviado a alguien...

—Sobre eso no puedo asegurar nada, señorita —dijo McDohan—, Lo que sí puedo afirmar es que hace ya un par de meses que Kelphax House está deshabitada.

Sentada todavía en el asiento posterior. Gladys hizo un gesto de desencanto.

—Entonces, he perdido el tiempo...

McDohan no dijo nada. En silencio, contemplaba a la muchacha, que parecía reflexionar antes de tomar una decisión.

—Harry —dijo ella de pronto—, ¿está seguro de que la señorita Moore se marchó de aquí?

McDohan asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Segurísimo —contestó—. Yo mismo la vi, cuando viajaba en el coche que conducía uno de los miembros del equipo de filmación. El monstruo iba delante y ella estaba en el asiento posterior, junto con el director de la película. Y se fueron a Londres directamente; no tomaron el tren para el viaje.

—Es incomprensible —dijo Hermione, desalentada—. Mi amiga no habría dejado de comunicármelo por nada del mundo...

El taxista carraspeó.

—Mire, señorita, el cambio de fortuna, para mejor, claro, puede obrar en las personas de un modo muy distinto al que esperábamos —dijo, filósofo—. Tal vez su amiga se ha visto camino de la fama y considera que usted ya es poco para ella, no le dé más vueltas. El ser humano, hombre o mujer, es así de egoísta y desagradecido. No se lo tome a pecho, es lo mejor que puede hacer.

—Pero es que, a pesar de todo, yo tenía que decirle...
Hermione se calló bruscamente. Meditó unos segundos y añadió:
—De todos modos, tengo que darle una noticia importante, Harry, ¿no cree usted que el dueño de Kelphax House puede tener la dirección de esa productora de cine?
—Es posible, pero yo ignoro quién es el actual propietario... aunque, si me lo permite, hay en Tyllencoon una persona que puede darnos alguna pista sobre el particular.
—¿De veras? —dijo Hermione ansiosamente.
McDohan sonrió con socarronería.
—El secretario del municipio. Sé que cobra los impuestos con regularidad o, como le oí decir en una ocasión, ya habrían sacado Kelphax House a subasta. Por tanto, tiene que saber quién paga esos impuestos, ¿no le parece?
—Es cierto. ¡Vamos allá, Harry! —exclamó la muchacha vivamente.

* * *

Cuando su secretaria le anunció la visita de una tal Hermione Sheats. a quien no había visto en su vida. Ken Griffith se sintió profundamente intrigado
No había visto a Hermione, pero el nombre le sonaba de algo y. sin embargo, no podía recordar dónde lo había oído antes. Ya lo averiguarla, se dijo, mientras se ponía en pie para recibir a la visitante, una muchacha alta, de porte distinguido y rostro atractivo, enmarcado por una cabellera de color oro viejo, realmente encantador. No era, quizá, una gran belleza, pero el conjunto poseía una serie de atractivos que la hacían parecer más guapa que muchas otras mujeres.
—Señorita Sheats, soy Griffith, abogado —se presentó—. Tenga la bondad de sentarse... ¿Me permite invitarla a una taza de té?
—Muchas gracias, en otro momento —contestó la visitante—. ¿Puedo exponerle el motivo de mi visita?
Griffith hizo un amplio ademán
—Adelante, la escucho —dijo.
—Se trata de Kelphax House, en Tyllencoon. Tengo informes que me dicen que usted se ocupa de administrar la propiedad.
—¿Acaso quiere comprarla? —preguntó Griffith, esperanzado.
—¿Está en venta? —sonrió Hermione.
—Para el que pague el precio que quiere su dueña, desde luego.
—Lo siento. No está en mi ánimo comprar la casa, ni, seguramente tampoco, podría pagar el precio que su propietario debe de pedir por

ella. Simplemente, quería saber el paradero de una buena amiga mía.

Griffith pareció desconcertarse al oír aquellas palabras.

—¿Puedo saber qué tiene que ver su amiga con Kelphax House? —preguntó.

—Verá, sé que esa propiedad estuvo alquilada hace algún tiempo a una productora de películas...

—Oh, si, es verdad, la «Sun & Stars Pictures». Pero el contrato de alquiler finalizó hace aproximadamente un mes. La casa está nuevamente en disposición de ser ocupada por otro inquilino, bien sea en régimen de alquiler o por compra.

—Bien, el caso es que mi amiga fue contratada por esa productora para hacer las pruebas de una película en la que podría ser protagonista. Fue a Kelphax House y se marchó de allí, con los miembros del equipo, pero ya no he vuelto a saber más de ella.

—Se habrán ido a continuar el rodaje a otro sitio —apuntó Griffith —, Cancelaron el contrato, aunque me pagaron un mes que ya no ocupaban la casa, porque se marcharon antes de lo convenido. Sin embargo, lamento no poder comunicarle la nueva dirección de la productora.

—¿No le indicaron adónde se dirigía? —preguntó Hermione, desalentada.

—Lo lamento de veras. Mis relaciones con la «Sun & Stars» terminaron en el momento en que finalizaba el contrato de alquiler. Pero, ¿por qué tiene tanto interés en encontrar a su amiga? Pienso que ella ha conseguido lo que desea y tal vez no tiene interés en relacionarse con usted, hasta que se considere una auténtica estrella de cine.

Hermione sonrió. Harry McDohan le había dicho algo parecido.

—Es posible —contestó—. De todos modos, me habría gustado verla antes de su triunfo. En cierto modo, ha triunfado también, pero en otro sentido.

—No entiendo...

—Gladys... Disculpe, no le he dicho el nombre de mi amiga. Gladys Moore ha heredado una importante suma de dinero. Una hermana de su madre, casó con un rico hacendado brasileño; su tía enviudó primero y después murió, dejándola en su testamento la manda de una suma asciende, aproximadamente, a veinte mil libras esterlinas.

—No está nada mal —sonrió Griffith—. Pero, usted, ¿cómo lo sabe...?

—Gladys recibió una carta del abogado que lleva los trámites de la herencia, pero como no estaba, fui yo a verle. Entonces me enteré del asunto. Y eso es todo, señor Griffith; si usted no puede indicarme el paradero de mi amiga, desistiré de buscarla... y ya aparecerá cuando sea famosa.

—Indudablemente. Por favor, ¿puede decirme el nombre de ese abogado, para ponerme en contacto con él y ver de hacer algo que pueda dar resultados positivos?

Hermione asintió. Griffith tomó nota y luego miró a la muchacha.

—Si llegase a averiguar algo, se lo comunicaría de inmediato. La verdad, no se ofenda, pero me ha decepcionado usted un poco.

—¿Por qué? —se sorprendió la muchacha.

—Pensé que vendría a comprar Kelphax House... La dueña estaría dispuesta a desprenderse de la propiedad a un precio muy asequible...

—Lo siento, no es mi intención comprar una casa, al menos, en estos momentos.

Hermione se puso en pie. Griffith levantó una mano.

—Por favor, déjeme su dirección y su teléfono —solicitó.

La joven se marchó instantes después. Profundamente pensativo, Griffith se entretuvo en meditar sobre un detalle al que había considerado de escasa importancia hasta aquel momento.

Conocía al propietario de Kelphax House, pero no le había visto hasta aquellos momentos. Había llevado la administración de la propiedad para su anterior dueño, fallecido un par de años antes. El heredero y actual propietario, una mujer, Vera Haggenberg, le había confirmado en su puesto por medio de una breve pero cortés carta y, sin embargo, no la había visto aún ni siquiera se había comunicado con ella por teléfono.

Se preguntó si resultaría conveniente hacerle una visita. La señora Haggenberg había estado ausente del país durante años enteros. ¿Habría vuelto a Inglaterra?

Al cabo de unos minutos, creyó haber llegado a una solución. Tocó la tecla del interfono y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Señorita —llamó a la secretaria.

—Si, señor Griffith.

—Tome nota, por favor. Telefonee a la señora Haggenberg y solicite una entrevista para el día y la hora que le resulten más convenientes.

—Si, señor.

—Otra nota: llame a las oficinas de Markson. Markson & Stans, abogados, solicitando asimismo una entrevista, para hablar sobre la herencia de la señorita Gladys Moore. Avíseme en cuanto tenga las respuestas.

—Bien, señor.

Griffith se enfrascó de nuevo en su trabajo. Un cuarto de hora más tarde, le llamó la secretaria:

—Señor, puede ir a las oficinas de Markson. Markson & Stans en el momento que a usted le resulte más conveniente. La señora

Haggenberg ha accedido a recibirle mañana, a partir de las siete y media de la tarde.
—Muchas gracias, señorita.

CAPITULO III

Hermione llegó a su casa y. después de cerrar la puerta, se dirigió al baño, en el que estuvo algunos minutos. Tras haberse cambiado de ropa, se acercó a la habitación que hasta poco antes había estado ocupada por su amiga Gladys.

La ausencia de Gladys le preocupaba, sin saber a ciencia cierta las causas. Habían sido muy buenas amigas, aunque claramente se daba cuenta de que Gladys, un par de años mayor que ella, ocultaba ciertos aspectos de su vida que. sin embargo, nunca la habían preocupado demasiado.

Gladys tenía derecho a sus secretos, se dijo, mientras trataba de adivinar los motivos del silencio de su amiga.

Hermione sabía que Gladys se había sentido especialmente contenta cuando la contrataron para las pruebas de filmación, tenía grandes esperanzas de obtener el papel principal. Si lo había conseguido, ¿por qué callaba? ¿No hubiera sido más lógico avisarla de inmediato?

—A menos que estén haciendo el rodaje en absoluto secreto, para que la prensa no divulgue detalles de la película —se dijo.

Pero, aun así, siempre había filmaciones o, por lo menos, algún periódico podría haber mencionado el rodaje y sus protagonistas. sin más datos.

Acabó encogiéndose de hombros. No iba a sentir dolores de cabeza por quien no había tenido el mínimo detalle de enviarle siquiera una postal o hacerle una llamada telefónica. Dio media vuelta y fue a su domicilio, para desvestirse y tomar un baño relajante, que la librase del cansancio acumulado en un día de duro trabajo.

Después, cubierta solamente con una bata, leyó un rato Cuando notó que la vencía el sueño, se fue a la cama, apagó la luz y. a los pocos momentos, dormía profundamente.

Despertó bruscamente, sin poder calcular de momento el tiempo que llevaba durmiendo, percibiendo la extraña sensación de no hallarse sola en el apartamento.

Estaba a oscuras todavía y. súbitamente despabilada, aguzó el oído. Oyó un ligero ruidito y se preguntó si no sería el gato de una vecina suya, la chismosa señora Faddinghale.

Pero la ventana de la cocina estaba cerrada El gato había entrado en ocasiones: sin embargo, aquella noche, no habría podido hacerlo.

Otro ruido se produjo, muy leve, pero ahora lo suficientemente fuerte para que Hermione confirmase la sensación de no hallarse sola en la casa.

Conteniendo la respiración, se sentó en la cama. Luego, en absoluto silencio, se puso la bata, metió los pies en las zapatillas y avanzó a través del dormitorio.

Abrió la puerta que daba al corredor. Había otra casi frente a ella y. debido a la oscuridad, pudo ver la raya de luz que salía del borde inferior de la puerta que permitía el acceso al dormitorio de Gladys.

Oyó más ruidos. En aquella habitación había un ladrón... pero, de pronto, desechó sus aprensiones.

Gladys había vuelto. Estaría acomodando sus cosas y. habiendo llegado demasiado tarde, no había querido despertarla.

Pero la saludaría, claro, se dijo, mientras cruzaba el pasillo para abrir la puerta. Hizo girar el pomo, empujó y exclamó:

—¡Gladys, qué alegr...

Las palabras se helaron súbitamente en su boca, al ver aquel monstruoso ser que, sorprendido en una incomprensible tarea, se había vuelto con gestos bruscos hacía ella.

Durante una fracción de segundo, los ojos de Hermione contemplaron la horripilante figura del jorobado de cara destrozada por una espantosa cicatriz y manos velludas como si fuesen arañas gigantescas, cuyo único ojo, a su vez, la miraba con cólera no disimulada.

Paralizada por el terror, Hermione no sabía qué hacer. De pronto, el monstruoso individuo saltó sobre ella y, apartándola de un manotazo, echó a correr en busca de la salida.

Hermione vaciló y acabó por caer al suelo, golpeándose ligeramente la cabeza contra la pared opuesta. No fue un golpe muy fuerte, pero si vio las estrellas y perdió el sentido durante unos breves momentos.

Al cabo de un rato se pudo levantar. Fue al baño y se refrescó la cara para terminar de despejarse. Cuando se sintió un poco mejor, dudó si llamar a la policía, pero el ladrón, si había venido a robar algo, había desaparecido ya

No conseguiría nada, pensó, mientras se encaminaba nuevamente al cuarto de su amiga, que encontró completamente revuelto, en un desorden absoluto.

Mucho más tarde, cuando hubo restablecido el orden, se preguntó a qué podía haber venido aquel horroroso sujeto. No parecía que faltase nada, pero, si no había entrado a robar, ¿cuáles eran los motivos de su entrada en la casa?

Cansada, deprimida y también nerviosa, se hizo un poco de té y poco a poco consiguió tranquilizarse. Mientras intentaba conciliar el sueño nuevamente, se preguntó si resultarla conveniente comunicar el suceso al abogado Griffith.

Lo mejor era, se dijo finalmente, esperar a que el abogado le

informase de sus gestiones sobre la herencia de Gladys.

* * *

Griffith se entrevistó con uno de los representantes de la firma Markson. Markson & Stans y se llevó una gran sorpresa. Comprobó que todo parecía en orden y tras agradecer al colega sus atenciones, se despidió, para continuar su trabajo.

A las siete y media en punto, llamaba a la puerta de una lujosa residencia. Una doncella uniformada le abrió a los pocos instantes.

—Soy Griffith, abogado —se presentó—. La señora Haggenberg me concedió una entrevista para esta hora.

—Le estábamos aguardando, señor —contestó la sirvienta—. Tenga la bondad de pasar.

Griffith cruzó el umbral y., en silencio, admiró el buen gusto de la decoración. La doncella se alejó unos momentos, para regresar muy pronto.

—Por aquí, señor, tenga la bondad.

Griffith la siguió hasta un saloncito intimo, en el que había una mujer sentada en un diván, hojeando distraídamente una revista. La mujer dejó la revista a un lado, miró al visitante y sonrió.

—Celebro conocer a mi abogado —dijo—. Soy Vera Haggenberg. ¿Quiere sentarse, señor Griffith?

El joven se quedó sin habla durante unos instantes. Había esperado encontrar a una dama madura, aunque ciertamente no una anciana, y estaba ante una mujer que contaría treinta años a lo sumo, muy hermosa y espectacularmente ataviada con un singular traje negro, de profundo escote, que permitía adivinar las perfectas formas de su busto. El negro del tejido contrastaba agradablemente con la nívea blancura de la epidermis femenina en la que, prácticamente, la única nota de color era el rojo de los labios y de las uñas, porque el cabello, sencilla pero cuidadosamente peinado, era también negro.

—Es un placer conocerla, señora Haggenberg —dijo el joven—, Pero mi placer es aún mayor al comprobar que mis suposiciones eran inciertas.

Ella rió suavemente.

—¿Qué suponía usted acerca de mí, abogado?

—Bien, hemos de admitir que no nos habíamos visto desde que usted fue acreditada como heredera de su padre. El no me dijo nada nunca acerca de su hija, por lo menos, en lo que se refiere al aspecto físico, y dada su edad, yo pensé siempre que la hija debía de ser una respetable dama, próxima ya al medio siglo y...

Vera alzó una mano vivamente.

—No siga por ese camino —cortó con jovialidad—, Mi padre se casó habiendo doblado ya el cabo de los cincuenta años. Eso explica mi... relativa juventud, puesto que ya no soy una niña.

—Está en la flor de la vida, señora —sonrió Griffith—. Y si me permite presentarle mis excusas por unos pensamientos erróneos, me sentiré tranquilizado por el resto de mis días.

—Abogado, ¿convence también así a sus rivales en un juicio?

—Algunos son muy duros de pelar, señora, y perdone la expresión.

—Muy gráfica, sin embargo. Pero ahora, veamos, creo que ha venido usted para hablarme de Kelphax House. ¿Acaso ha encontrado un comprador?

—No, precisamente. Tuve alquilada la casa durante un tiempo a una productora de películas, la que había contratado a una actriz, cuyo paradero me interesa conocer.

—Si, creo haber oído algo sobre el rodaje de una película de terror... Pero no sé mucho más y, por supuesto, no conozco a nadie que trabaje en ninguna productora de películas. Siento no poder darle informes sobre el particular, señor Griffith.

—Bien, en tal caso, debo confesar que ya no existen los motivos de mi visita. Debo despedirme y...

—Aguarde un momento, por favor —rogó Vera, a la vez que se ponía en pie—. Soy una pésima anfitriona y no le he invitado todavía a tomar algo. ¿Un jerez?

—Encantado, muchas gracias.

Estupefacto. Griffith observó algo en el atavío de Vera, en lo que no había reparado hasta entonces. El traje, que había creído de falda larga, era una especie de «mono», de una sola pieza, con perneras hasta los tobillos, y cuando se acercaba a la consola donde estaban las botellas, pudo apreciar que la espalda de la mujer quedaba completamente al descubierto, hasta más abajo de la cintura. Ella se sabía poseedora de una espléndida figura y quería lucirla, evidentemente.

Vera se volvió hacia él con dos copas en la mano, sonriendo atractivamente.

—Abogado, antes dijo algo sobre vender Kelphax House —recordó.

—Creo que fue usted, señora —contestó Griffith al aceptar la copa —. Me preguntó si había encontrado un comprador.

—Es verdad. ¡Qué cabeza la mía! Pero no hemos vuelto a tocar el tema —dijo ella.

—Entonces, ¿le interesa vender?

—Si la oferta resultase atractiva, ¿por qué no? Hace años que no piso aquella casa y dudo mucho de que vuelva más por allí

—En tal caso, podría encargarme de la venta, aunque necesitaría

conocer personalmente el edificio. Usted indica una suma y yo procuraré que el vendedor pague lo que espera. O más, si me resulta posible.

—Tiene mi permiso para actuar como mejor convenga en ese asunto. No olvide que la propiedad implica también unas cuantas hectáreas de tierra alrededor de la casa.

—Procuraré obtener el mejor precio. Ah. necesitaré una autorización escrita para ver la casa y actuar en ese sentido. Mañana la redactaré, se la enviaré por correo y usted me la devolverá, para que yo pueda ir a Kelphax House cuanto antes.

—Magnífico. Y. a propósito... Antes mencionó una productora de cinc.

—Si, es cierto.

Vera volvió a reír, pero con contenidos modales.

—Sigo pensando en que tengo una cabeza que no retiene nada en la memoria... Había olvidado, incluso, que tango una hermana que actúa en esos ambientes.

—¿Es artista de cinc? —preguntó Griffith.

—Bueno, no exactamente... Sé que trabaja en el «Kennon's Theater»... Siempre le gustó, como se dice vulgarmente. la farándula. Pero esas gentes se conocen siempre entre ellos...

—Ignoraba que tuviese usted una hermana. Su padre no la mencionó jamás.

Vera se puso seria de pronto.

—Mi padre fue un hombre muy rígido y nunca le gustó que Thea, mi hermana, se dedicase a lo que él consideraba una profesión deshonrosa. Thea, por otra parte, fue siempre una chica muy independiente, totalmente rebelde a las convenciones sociales. Hasta creo que trabajó en un circo en los comienzos de su carrera... pero debo señalar que hace lo menos siete u ocho años que no nos relacionamos para nada. Tiempo atrás, no recuerdo exactamente las fechas, estuvo mezclada en un grave asunto, que provocó un fuerte escándalo. Creo, incluso, que hubo una muerte, pero no puedo darle más detalles.

—Siento lo ocurrido. ¿Debo deducir que su padre la desheredó?

—No totalmente, aunque la mayor parte de la fortuna familiar vino a parar a mis manos. A Thea, sin embargo, no pareció importarle demasiado. En los últimos tiempos, sus relaciones con mi padre eran verdaderamente tempestuosas. Mi padre, de una intransigencia absoluta y ella, absolutamente rebelde. . Imagínese el resto.

—Sí. desde luego. Bien, señora Haggenberg Pero el apellido de su padre era Breehampstell...

—Me casé y me divorcié —sonrió Vera Griffith hizo un ligero gesto de asentimiento. Dejó la copa sobre la consola y esbozó una sonrisa

—Celebro infinito haberla conocido, señora Griffith —dijo, anunciando su despedida.

En la puerta del saloncito sonaron unos nudillos.

—Pase —dijo Vera.

La doncella apareció en el umbral.

—Señora, el señor Kealon —anunció.

Vera tendió la mano al joven.

—Disculpe, pero tenía un compromiso anterior Griffith se inclinó para besar aquella mano tan bien cuidada.

—Lamento mi inoportunidad —murmuró En el vestíbulo, se cruzó con el recién llegado, un hombre alto, de porte distinguido, con algunas canas en las sienes, pero no mayor de cuarenta años. El sujeto exudaba elegancia y distinción, pero Griffith, sin saber por qué le pareció que había una buena dosis de ficción en su apariencia

De todas formas, fuese o no una aventura de Vera Haagenberg, era algo que no le importaba en absoluto, se dijo mientras pensaba en la forma mejor de encontrar a la hermana de la dueña de Kelphax House.

CAPITULO IV

—Tengo que hablarle —dijo Hermione, a la mañana siguiente—, ¿Puedo ir a visitarle ahora, señor Griffith?

El joven ocultó un gesto de desagrado. Tenía bastante trabajo. pero tampoco quería mostrarse descortés.

—Venga cuando quiera —accedió, a la vez que pensaba en el pequeño fracaso de la noche anterior, cuando le resultó imposible encontrar una sola localidad para el «Hennon's». Debía de ser una función muy atractiva, pensó.

Hermione llegó una hora más tarde, sencillamente ataviada y. según apreció Griffith, bastante nerviosa.

—¿Sucede algo grave? —preguntó.

Hermione se retorció las manos.

—No sé cómo empezar. . Anoche me ocurrió algo extraño... Un hombre entró en mi casa...

—¿Para robar? ¿Para asaltarla a usted personalmente?

—No. y eso es lo curioso del caso —declaró la muchacha—, Oí ruidos me levanté y supe que el intruso estaba en el cuarto de mi amiga. En el primer momento pensé que era ella, que había regresado a una hora intempestiva y que no quería molestarme, pero cuando abrí la puerta para saludarla, me encontré con aquel horrible monstruo...

—¿Un monstruo? —repitió Griffith, estupefacto, a la vez que pensaba que Hermione había sufrido una pesadilla.

—Bueno, quizá olvidé decírselo... Cuando fui a Kelphax House para conocer noticias de mi amiga, el taxista me hizo comentarios acerca de los ocupantes... Uno de ellos, dijo, era un verdadero monstruo, deforme por naturaleza, joroba do... Un ser verdaderamente espantoso... ¿Vio alguna vez «El Jorobado de Nuestra Señora de París»?

Griffith asintió con leve sonrisa.

—Si, y he leído la obra. Pero esos seres no existen...

—Puede preguntarle al taxista, si es que duda de mi. Yo lo vi y, créame, era un ser verdaderamente horrible.

—Muy bien, aceptemos la existencia de ese pobre desagraciado, porque, con su figura, no puede considerarse afortunado. Pero, ¿a qué había ido subrepticiamente a su casa?

—Ya se lo he dicho: buscaba algo en el dormitorio de Gladys. Lo encontré completamente revuelto, aunque me parece que no se llevó nada. Al menos, nada de valor. No entiendo qué podía buscar, sinceramente.

—Un suceso verdaderamente extraño —murmuró Griffith—. Pero, en su lugar, yo dejaría de preocuparme por su amiga.

Las cejas de Hermione se alzaron en un gesto de extrañeza.
—¿Por qué? —preguntó.
—Estuve ayer en Markson, Markson & Stans. Su amiga les escribió y ellos le giraron el importe de la herencia. Eso significa que sus temores son infundados, señorita Sheats.
—A pesar de todo, no me siento tranquila. Si Gladys vive, ¿por qué no vino ella en persona a buscar algo que podía haber olvidado? ¿Por qué no me avisó, si ella no quería hacerlo en persona?
Griffith contuvo un gesto de enojo. «Esta chica me va a dar la lata», pensó disgustadamente.
—No puedo contestar a esas preguntas, señorita —dijo.
De pronto. Hermione abrió su bolso y sacó una tarjeta de visita, que puso en manos del joven.
—Encontré esto en el dormitorio de Gladys —manifestó—. Una vez la oí mencionar al hombre que se cita en esta tarjeta. ¿Qué le parece si fuésemos a verle?
Griffith respingó.
—¿Los dos?
—Disculpe, había olvidado que tiene trabajo... Hermione se puso en pie—. Está bien, iré yo sola...
El joven hizo un rápido ademán.
—No intente ganar una carrera —sonrió—. Iremos a ver a ese tal... —leyó la tarjeta de nuevo y continuó—: Dortin Brammond, eso es. Y, según lo que nos diga el señor Brammond, podemos ir esta noche al «Hennon's»
—¿Qué es eso? —preguntó Hermione, intrigada.
—Un teatro, en el que actúa la hermana de la dueña de Kelphax House. La señora Haggenberg me recomendó hablar con su hermana; ella, del teatro, podría, tal vez, facilitarnos algún dato sobre su amiga. ¿Le parece bien?
Hermione esbozó una sonrisa
—Lo que usted diga, señor Griffith.
El joven consultó su reloj de pulsera.
—Tengo algunas cosas que hacer y no admiten demora —dijo—. Iré a buscarla a su casa a las cinco en punto, con tiempo suficiente para ir luego al teatro.
Con gesto espontáneo. Hermione tendió su mano al abogado.
—Estaré dispuesta y no le haré aguardar ni un segundo —declaró.
Griffith se quedó solo, meneando la cabeza con aire pesaroso. Un asunto que no tenía ninguna trascendencia, en su pesar, y una muchacha demasiado aprensiva, que veía una montaña donde sólo había un puñadito de arena.
«Y lo peor de todo, es que no me va a rendir un penique de beneficio y puede que hasta me cueste dinero de mi bolsillo», pensó

disgustadamente.

Pero ya no podía echarse atrás y aunque se quejaba y refunfuñaba, acabó por llegar a la conclusión de que era un caso que no sólo le agradaba, sino que deseaba seguirlo hasta el final y solucionarlo satisfactoriamente.

* * *

Hermione cumplió su palabra y aguardaba en la puerta de su casa. Al verla, sencilla pero elegantemente ataviada. Griffith concibió un pensamiento que le pareció inevitable.

—Una muchacha así hace odiar la vida de soltero —se dijo entra dientes.
—No se quejará de mi —dijo ella, cuando se hubo acomodado en el coche.
—Si siempre actúa de esta manera, será cosa de felicitarla con todo entusiasmo.
—Siempre soy puntual, abogado.
Griffith observó el tono levemente orgulloso de la joven y sonrió.
—¿También en su trabajo?
—Mi trabajo me permite ciertas libertades con el horario, pero lo desempeño bien. No digo a la perfección, porque nadie es perfecto en este mundo, pero mis jefes no tienen queja de mi y la prueba es que acaban de subirme el sueldo.
—Debe de ser usted una secretaria eficiente...
—Mis funciones son muy distintas —le interrumpió Hermione vivamente.
—¿Si? La verdad es que aún no sé en qué trabaja —manifestó Griffith
—Tengo un departamento especial en una reputada agencia de publicidad. Superviso ideas, tanto escritas como gráficas... En general, mis consejos suelen ser acertados. No es por ufanarme de ello, compréndalo, pero, según parece, es algo que se me da muy bien. Un trabajo cómodo, agradable y bien remunerado, ¿qué más se puede pedir?
—Un marido amante, cariñoso, apasionado y un par de chiquillos.
Hermione se echó a reír.
—Eso es algo en lo que ni siquiera he pensado.
—Por el momento, claro.
—Bueno, ya llegará, si es que tiene que llegar, ¿no le parece?
—Evidentemente, es la mejor filosofía —suspiró él—. Y, hablando de otra cosa, ¿tiene usted alguna idea de quién es Dortin Brammond?
—No —respondió Hermione—. En mi vida había oído ese nombre, ni aún de pasada. Me refiero a mi amiga, claro.
Ella no lo mencionó jamás, pero, en ocasiones, debo admitirlo, se relacionaba con gente muy extraña.
—La gente del cine suele ser extraña y rara en su comportamiento. ¿Llevaba su amiga invitados a casa?
Hermione hizo un gesto negativo.
—No lo hizo jamás —respondió—. Ese es un acuerdo que establecimos cuando vino a vivir conmigo.
Muy puritana es usted. Hermione —criticó Griffith.
—Conozco un poco el paño —dijo ella sorprendentemente—. He compartido apartamentos con otras chicas y. en cierta ocasión, la fiesta amistosa, acabó en una repugnante orgia. A partir de entonces,

me prometí que no volvería a su ceder jamás, al menos, en la casa donde yo habitase.

—¿Es tuya?

—No. La tengo en alquiler y yo soy el inquilino oficial, pero Gladys me ayudaba a costear los gastos Ahora, faltan de ella, no quiero otra compañera y. además, el aumento de sueldo me ha servido para compensar la falta de la ayuda de mi amiga

—Hace bien —elogió Griffith—. Entonces, debemos dar por sentado que no conoce ni ha oído hablar jamás de Brammond.

—No. nunca contestó Hermione firmemente.

Tal vez era un amigo de Gladys, del que ella no le habló nunca. En fin, pronto saldremos de dudas.

Y si Brammond no sabe nada de Gladys, ¿qué haremos, señor Griffith?

—Primero, me llamo Kenneth, es decir. Ken. Segundo, puede que en el «Hennon's» averigüemos algo. Si no es así... no sé que podemos hacer

—¿Cree que en el «Hennon's» nos dirán alguna cosa sobre Gladys? —preguntó Hermione ansiosamente.

—Lo siento, no puedo contestarle. Debemos ir allí tras hablar con Dortin Brammond, es todo lo que sé decirle. Y. por cierto, estamos a punto de llegar.

Griffith buscó un lugar para estacionar el coche, tras lo cual se apeó y abrió la portezuela del lado de Hermione.
ofreciéndole galantemente la mano que ella aceptó con graciosa sonrisa.

—¿Siempre se porta así con las mujeres? —preguntó Hermione.

—¿Hay otra forma de comportamiento? —rió él.

—Algunos las tratan a palos.

—Y algunas rompen la vajilla en la cabeza del hombro Son casos frecuentes, pero minoritarios Bueno, vamos a ver qué dice el señor Brammond... Incidentalmente. he estado llamando a su teléfono durante mucho rato, pero no me ha contestado nadie.

—¿Estará también de viaje?

Griffith señaló con un amplio ademán la hilera de casitas rodeadas por un pequeño jardín que formaban el lado derecho de la calle.

—Sospecho que los vecinos se deben conocer todo entre sí —respondió—. Por tanto, si Brammond no está en su casa, alguien nos dirá adónde puede hallarse en estos momentos.

El joven abrió la puertecita de la valla que enmarcaba el jardín y avanzó resueltamente hacia la de la casa, empareja de con Hermione. Al llegar a la entrada, tiró de la anilla de una cadena que había suspendida junto a la puerta.

Al tintineo de la campanilla contestó un sonido que a Hermione le puso los pelos de punta, un gemido largo, estremecedor, que parecía emitido por un alma en pena, una voz de ultratumba que causaba verdadera angustia.

La mano de Hermione se crispó sobre el brazo de su acompañante.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Entonces. Griffith se percató de que la puerta no estaba totalmente cerrada, sino que estaba separada del umbral por una rendija de un par de centímetros, abertura que había permitido el paso de aquel estremecedor sonido. Empujó un poco más y, en el mismo instante, se oyó un estridente bufido, a la vez que una cosa blanca y roja pasaba velozmente entre los dos.

Hermione volvió a chillar. Griffith se puso pálido.

La cosa blanca y roja era un gran gato, que desapareció en los jardines inmediatos con relampagueante velocidad. Pero la piel del felino era enteramente blanca y las zonas de color escarlata no se debían a la naturaleza, sino a otra cosa muy distinta.

—Sangre —murmuró, sin poder contenerse.

¿Cómo? —exclamó la muchacha.

Griffith hizo un gesto con la mano.

—Quédese y no entre. Sospecho que ahí adentro hay algo muy poco agradable de contemplar —dijo.

Avanzó un poco más y penetró en la casa. Había allí una pequeña sala, separada del resto por una puerta sin batientes, con dintel de arco, del que colgaban antiguos adornos de pasamanería, y cortinas recogidas a ambos lados. Más allá, vio los pies de un hombre tendido en el suelo, sobre un enorme charco de sangre.

Se estremeció, pero se obligó a sí mismo a dar otros pasos más. Entonces pudo contemplar con todo detalle el horrendo espectáculo del hombre partido literalmente en dos, al nivel de la cintura

Jamás había visto a aquel individuo, pero, en el mismo momento, tuvo la certeza de que Dortin Brammond no podría facilitarles el menor dato sobre el paradero de Gladys Moore.

De pronto, oyó un ruido sordo a sus espaldas. Al volverse, vio a Hermione tendida en el sucio, con la cara sin color y perdido el conocimiento por completo.

—Si te hubieras quedado en la puerta —rezongó entre dientes.

Miró a todas partes y divisó un teléfono. Allí sólo se podía hacer una cosa: llamar a la policía.

* * *

—Me quedaré con usted —dijo Griffith mucho más tarde, en la propia casa de Hermione, a la que le había acompañado tras declarar ante la policía. Dudó un momento y agregó—: Es decir, si no teme quebrantar sus propias normas. Hermione.

Ella negó con la cabeza

—Sé que puedo fiarme de usted —respondió con voz débil.

Griffith se dio cuenta del estado en que se hallaba la mu chacha y. asiéndola por los hombros, la hizo sentar en el diván de la sala.

—Quédese ahí —dijo—. Me imagino que no está en condiciones de pasar bocado, pero sí puede tomar una taza de té. O, mejor, si tiene, café con unas gotas de licor. ¿Dónde está la cocina?

Ella se la señaló con breve ademán. Griffith dejó la sala y regresó al cabo de unos minutos, con una bandeja en las manos.

—Vamos, anímese —sonrió—. Todo ha pasado ya...

—Creo que habré de tomar sedantes para poder dormir —se lamentó Hermione—. De otro modo, tendré pesadillas...

—Las tendrá de todos modos, con o sin sedantes, de modo que olvídese de las drogas -aconsejó él con firmeza.

Hermione tomó unos sorbos de café con whisky y los colores retornaron a sus mejillas.

—Estoy segura de que nunca podré olvidar aquel horrendo espectáculo... ¿Por qué tuvieron que matar a Brammond? —dijo con voz insegura.

—No sabemos nada de él ni de las relaciones que pudo tener con su amiga. Pero conozco un poco al sargento encargado del caso y me ha prometido darme informes del muerto, en cuanto sepa algo sobre él.

—Una muerte tan horrible... partido en dos... ¿Quién lo hizo? ¿Qué persona pudo realizar una acción tan sádica?

Griffith se dio cuenta de que la muchacha se deslizaba por un terreno nada agradable. Era preciso que olvidase, en lo posible, lo que había visto, y volvió a darle otra taza, en la que el café apenas si había hecho acto de presencia.

—Deje de pensar en eso —recomendó—. Yo me quedaré en la sala toda la noche. Si me necesita, llámeme sin reparos, ¿entendido?

Hermione asintió con desvaída sonrisa. Griffith volvió a ofrecerle otra taza y ella, a los pocos minutos, empezó a dar cabezadas.

Griffith sonrió maliciosamente. Cuando vio que Hermione dormía profundamente, la alzó en brazos y la dejó en su propia cama, cubriéndola con una manta. Apagó la luz y luego se dirigió al cuarto que había ocupado Gladys.

Antes de acostarse, practicó un registro a conciencia, sin encontrar nada de particular. ¿Qué diablos había estado buscando el jorobado que tanto había asustado a la muchacha?, se preguntó.

Estaba también un poco cansado y, limitándose a descalzarse, se tendió poco después en la cama y unos minutos más tarde, dormía como un tronco.

CAPITULO V

Hermione asomó por la puerta de la cocina y aspiró el aire profundamente.

—Ese café... ¿es realidad o una ilusión de mi olfato?

—Auténtica realidad —contestó Griffith riendo—. Siéntese y le serviré una taza. El resto del desayuno irá en seguida.

—Una taza de café sin nada, ¿eh? —dijo ella maliciosamente—, Anoche me lo dio usted un poco... cargado. Casi diría que me emborrachó a conciencia. Perdí el conocimiento, esto es, me dormí, sin darme cuenta...

—Lo necesitaba —repuso el joven.

—La noche se me ha pasado en un soplo, debo admitirlo —dijo Hermione, cuyo aspecto era mucho mejor que en la víspera.

—Y sus reglas particulares, han sido quebrantadas, porque un hombre ha pernoctado en su casa.

—Un caballero, diría yo.

—Gracias, pero no es mi costumbre aprovecharme de las circunstancias. Otra cosa hubiera sido una invitación...

—Entonces, no habría desaprovechado la ocasión.

—Puede tenerlo por seguro. Pero usted ha estado tan segura como cuando vivía en casa de sus padres.

Griffith puso delante de la muchacha un plato con huevos y jamón.

Hermione pareció quedar pensativa unos momentos.

—Tengo motivos para obrar de este modo —manifestó.

—Malos recuerdos, sin duda —adivinó él.

—Cierto. Tuve un pretendiente, un hombre apuesto, atractivo... Entraba en casa, pero estaba sólo unos minutos, mientras yo terminaba de arreglarme para salir a alguna parte... Se mostraba muy apasionado, pero siempre correcto, hasta que un día...

—Si eso le molesta, no siga, Hermione. No me interesa lo que la haya podido suceder tiempo atrás con otro hombre.

—Deje, así me desahogo un poco.. Bien, prácticamente, estábamos prometidos... y un día, él, había tomado unas copas de más y empezó a propasarse, mostrándose con un aspecto que jamás hubiera sospechado... Me rasgó todas las ropas, dejándome completamente desnuda... Casi lo consiguió... pero, finalmente, pude rechazarle...

—No se atormente más, Hermione. Aquel sujeto demostró al fin lo que era, bajo la capa de su pretendida caballerosidad: un auténtico canalla. Bien, yo he hecho el desayuno, pero el resto le toca a usted.

—¿Qué debo hacer ahora, Ken? —preguntó Hermione, desconcertada.

Griffith se echó a reír.

—Fregar los platos, claro —contestó.

Hermione sonrió.
—Nada más justo —dijo.
Minutos más tarde, Griffith se dispuso a abandonar la casa. Hermione le acompañó hasta la puerta.
—Ken, disculpe, pero antes no me sentí con fuerzas... Usted se ha levantado antes que yo... ¿Ha oído algo por la radio? Ya sabe a qué me refiero, claro.
Griffith hizo un gesto con la cabeza.
—No, pero he hablado con mi amigo, el sargento Cawstore. Y ha averiguado algo muy interesante.
—¿Si?
—Brammond estuvo trabajando hace tiempo en el «Hennon's». Era acomodador, a veces taquillero, carpintero, electricista... un poco de todo, ¿comprende?
—¡Qué casualidad! —se sorprendió la muchacha.
—En efecto, aunque hace ya algunos meses que había sido despedido. Un día se emborrachó y quiso propasarse con una corista. Resultó que era la amiga de uno de los propietarios y lo pusieron de patitas en la calle. Después, ya no se ha sabido qué hacia ni de qué vivía. Puede decirse que no han tenido noticias suyas hasta que encontramos su cadáver. Hermione se estremeció.
—Una muerte horrible —calificó.
Griffith asintió, pero no quiso decirle a la muchacha algo que había sido descubierto por el forense tras la autopsia y que confería al caso un aspecto de horror absoluto.
Brammond había muerto, aserrado vivo, plenamente consciente de la espantosa muerte que un asesino de instintos indescriptiblemente sádicos le había destinado, por motivos que nadie había conseguido averiguar todavía.

* * *

Pasado el mediodía, Griffith recibió una llamada sorprendente.
—Tengo lista la autorización que usted me pidió —dijo Vera Haggenberg—, Pero si se la envió por correo, se demorará un día. ¿Por qué no viene a recogerla personalmente esta noche?
Griffith torció el gesto, tenía otros planes, pero, a fin de cuentas, la señora Haggenberg era su cliente y no le parecía discreto desatender su indicación.
—Dígame la hora y acudiré con mucho gusto, señora —accedió finalmente.
—La misma del otro día. ¿Le parece bien?

El joven contuvo un suspiro.
—Si, señora —se resignó.
Tenía otros planes y la llamada de Vera los había alterado, por lo que le fue forzoso comunicarse con Hermione, para decirle que aquella noche, tal como habían proyectado, no podrían ir al «Hennon's». La muchacha no formuló ninguna objeción y hasta mostró cierta satisfacción por la suspensión de la asistencia al teatro.
—La verdad es que hoy no me sentía demasiado inclinada a divertirme —confesó.
—Mañana tendrá mejor talante —se despidió el joven.
Griffith se llevó una gran sorpresa al ver que Vera le recibía en persona.
—Es el día de fiesta de la servidumbre —aclaró—. Pero han dejado la cena preparada, es decir, si quiere acompañarme.
Puesto que no tenía nada mejor que hacer. Griffith decidió aceptar.
—Con mucho gusto —dijo—. ¿Tiene ya dispuesta la autorización, señora Haggenberg?
Vera le indicó un sobre situado encima de una consola. Luego dijo:
—Venga y tomaremos una copa antes de la cena.
La mujer se volvió. Griffith parpadeó. Era otro vestido el que lucía, de color rojo muy intenso, cuyo escote posterior dejaba la espalda descubierta hasta más abajo de la cintura. Ciertas ideas acudieron a su mente en el acto. «Si me está provocando, se va a llevar una buena sorpresa», pensó.
—Nunca me hubiera imaginado que mi abogado fuese tan joven y apuesto —dijo Vera al ponerle la copa en la mano—. ¿Casado?
Griffith hizo un gesto negativo.
—Soltero, señora Haggenberg —sonrió.
—Pero, apostaría algo bueno, tiene gran éxito con las mujeres.
—Una buena figura no es garantía absoluta de éxito con el sexo opuesto, señora.
—Ayuda mucho, sin embargo, opino.
La conversación se encaminaba hacia terrenos resbaladizos, estimó. Decidió aceptar el reto.
—Todo lo que acaba de decir, señora, ¿por qué no se lo aplica a si misma?
Vera se echó a reír.
—¿Tan atractiva me encuentra?
—Tengo ojos en la cara.
—Y... ¿nada más?
Ella se le acercó provocativamente, adelantando el pecho, hasta rozar casi el de su invitado.
—¿Sólo tienes ojos en la cara? —insistió.
«Está pidiendo guerra», se dijo Griffith.

—En la cara tengo ojos... y al final de los brazos, manos —contestó, a la vez que rodeaba la cintura de la mujer y se inclinaba para besarla.

Vera le echó los suyos al cuello y su cuerpo se pegó frenéticamente al del joven. Durante unos segundos, las dos bocas se confundieron en un beso volcánico, hasta que ella se separó, vivamente sonrojada y sin aliento.

—Eres terrible, querido —sonrió.

—Todavía no he empezado —dijo él.

Audaz, levantó las manos hasta los tirantes del vestido y las mantuvo así un instante.

—Voy a comprobar una cosa —dijo.

—¿Qué? —suspiró ella.

—Me parece que debajo de este vestido no hay más prendas...

La parte superior del traje cayó. Griffith sonrió.

—He acertado —dijo.

Los ojos de Vera le dirigieron una mirada especial.

—Pero sólo has descubierto la mitad —murmuró ardientemente.

—El resto... en otro sitio más apropiado —sugirió él—. Tú lo puedes elegir, me parece.

Ella asió la mano del joven y tiró de él con fuerza.

—Hay un lugar apropiado para que el resto del vestido caiga al suelo —contestó.

* * *

Permanecían juntos, estrechamente abrazados, en la penumbra del dormitorio, lánguidamente callados, sin que el menor ruido turbara el ambiente. De pronto. Vera dijo: —Había olvidado una cosa, Ken.

—¿Si? —contestó él distraídamente.

—Te invité a cenar... ¿No tienes apetito?

—Me estoy muriendo de ganas... de comerte viva —rió él. Ella le besó ardientemente.

—Puedes darte un banquete —dijo.

—No desdeñaré esa invitación —aseguró él—. Pero... quizá haya alguien que puede sentirse celoso.

—¿Quién? —preguntó Vera, sorprendida.

—Kealon...

—Ah, es sólo un amigo, pero no existe ningún lazo entre los dos. Me refiero a cierta clase de lazos. Ken.

—Oh. a mí me pareció...

—Nos conocimos hace tiempo en una fiesta. Es un hombre

agradable, cortés, atractivo, pero no siento hacia él nada especial. A veces, es cierto, salimos juntos, sin que la cosa pase de una cena o una función de teatro.

—Bueno, me equivoqué. Y lo celebro.

—No tienes por qué preocuparte. Lo que hay entre Kealon y yo es, simplemente, una relación de negocios. Es decir, la habrá si decido aceptar su proposición.

Griffith se sintió sorprendido al oír aquellas palabras.

—¿Negocios? —repitió.

—Sí. ¿Te extraña?

—Bueno, soy tu abogado...

—Sólo en lo referente a Kelphax House, Ken.

—Dispensa, pero me pareció... En fin. ¿puedo saber qué clase de negocios?

—Quiere fundar una productora de cine. Por supuesto, no voy a poner yo todo el capital. Sería una especie de sociedad anónima, con acciones, y yo tendría, digamos, un veinte por ciento del capital fundacional.

—¿A cuánto asciende ese capital?

—Oh, unas cien mil libras...

—Tú tendrás que desembolsar veinte mil.

—Si Pitágoras no miente... rió ella.

De pronto, Griffith se sintió muy aprensivo respecto de aquel negocio y se prometió a si mismo que investigaría sobre Kealon. Quizá eran sólo aprensiones suyas... pero disculpaba mejor a un sencillo ladrón que a un estafador

—Pitágoras era el rey de la exactitud —contestó, con simulada jovialidad—. Y, en estos momentos, yo soy el rey de...

—¿De qué? —preguntó ella mimosamente.

—Te lo diré al oído —murmuró Griffith, a la vez que volvía a abrazarla con apasionamiento que no tenía nada de fingido.

Durante largo rato, más urde, permanecieron quietos, sumidos en un ligero sopor, ajenos a todo, como si no existieran más que ellos dos en el mundo. Luego, Griffith se dio cuenta de que iba a dormirse y se dejó llevar por aquella deliciosa sensación.

Repentinamente. Vera se agitó con cierta fuerza, lo que arrancó a aquella especie de éxtasis en que se hallaba sumido. Antes de que pudiera despegar los labios, ella dijo:

—¡Hay alguien en la casa!

CAPITULO VI

Griffith volvió a la realidad instantáneamente. El sueño se alejó de sus ojos y se sentó en la cama, todavía sin haber encendido la luz de la estancia.

—¿Estás segura? —preguntó.

—He oído ruidos en mi gabinete... No puedo equivocarme —repuso ella temerosamente—. Creo que hay un ladrón en la casa...

El joven puso los pies fuera de la cama.

—No te muevas —aconsejó, a la vez que empezaba a ponerse los pantalones.

Vera alargó una mano y la apoyó en su brazo.

—No ha sido un sueño, te lo aseguro. Estaba completamente desvelada y escuché el ruido de la silla golpeada, como si alguien hubiera tropezado con ella...

Un ligero chasquido llegó de pronto al dormitorio. Las uñas de Vera se clavaron en la carne de Griffith.

—¿Has oído, Ken?

El joven asintió, al mismo tiempo que se incorporaba.

—¿Dónde está tu gabinete? —preguntó.

—Al salir de aquí, dos puertas más allá, a la izquierda.

—Está bien. ¿No tienes algo para poder usarlo como arma defensiva?

En la oscuridad de la estancia. Vera señaló un armario.

—Hay un viejo bastón... Lo usaba mi padre...

Desde la calle, llegaba el débil resplandor de un farol, oculto en parte por el ramaje de un árbol. Pero para una persona habituada a la oscuridad, aquella luz era más que suficiente.

Griffith encontró el bastón sin dificultad. Empuñándolo con mano firme, salió del dormitorio y caminó descalzo por el pasillo alfombrado, lo que le permitió acercarse al objetivo sin hacer ruido.

Al llegar a la puerta indicada por Vera, alargó la mano izquierda y empezó a hacer girar el picaporte en silencio. Luego, muy despacio abrió y un corro de luz hirió sus pupilas.

Había un intruso en la casa, efectivamente, y estaba frente a un elegante escritorio de persiana, la cual había sido levantada con alguna navaja o algo por el estilo, ya que debía de estar cerrada con llave. Pero, cuando Griffith se disponía a irrumpir en el gabinete, vio algo que le dejó paralizado por el asombro.

En el primer momento, había creído que el intruso estaba inclinado sobre el escritorio. Ahora se percataba de su error. No estaba inclinado; era su horrible figura lo que causaba el equívoco.

—El jorobado —dijo, sin poder contenerse.

Entonces, el otro le oyó y se volvió un instante, mirándole

ferozmente con su único ojo. Griffith reaccionó, pero el jorobado, con velocidad increíble, sacó un cuchillo del interior de sus ropajes y alzó la mano.

La distancia entre los dos hombre era de unos seis pasos. Griffith intuyó lo que iba a suceder y retrocedió, cerrando la puerta, justo cuando el cuchillo volaba por los aires.

El lanzamiento se efectuó con potencia increíble. Atónito, Griffith vio asomar la punta del arma por el lado de la puerta que daba al pasillo. Pero pensó que el jorobado no debía llevar más armas y abrió de nuevo con violencia, precipitándose hacia adelante para atacarle con el bastón.

Llegó tarde. El sujeto había abierto la ventana y saltaba por ella al jardín que rodeaba la casa. Griffith alcanzó el hueco y le vio acercarse a la valla exterior. Aunque corriese tras él, se dijo, ya no podría alcanzarle.

En pocos segundos, el jorobado desapareció de su vista. Tendría algún coche en las inmediaciones. Tal vez le aguardaba un cómplice.

En todo caso, se dijo desatentadamente, la persecución habría resultado inútil. Cerró la ventana y contempló con ojos críticos el gabinete.

Había papeles esparcidos por todas partes, pero, sobre todo, en el escritorio, cuyos cajones aparecían completamente revueltos. No parecía, sin embargo, que faltase nada, pero para confirmarlo era preciso el dictamen de la dueña de la casa.

La voz de Vera sonó repentinamente en el umbral:

—Ken, ¿estás bien? —preguntó, temerosa.

Griffith se volvió. Vera se había puesto una bata, que sujetaba con ambas manos, para evitar que se abriese.

—Estoy bien, en efecto -respondió.-. Pero el ladrón consiguió escapar.

—¿Le... le has visto?

—No demasiado bien, aunque él también me vio a mi. Pero las cosas ocurrieron con demasiada rapidez y yo... no pude fijarme apenas, porque tenía algo más urgente que hacer —dijo Griffith, con la vista fija en el cuchillo clavado en la puerta.

—No... no sé qué podría buscar ese tipo en el gabinete... Aquí no tengo nada de valor... Guardo las joyas en otra parte, con algo de dinero para atenciones imprevistas...

—Entonces, aquí no hay nada de valor.

Vera negó enérgicamente.

—Sólo papeles, documentos, cartas...

—Vera, ¿tienes algún documento comprometedor? ¿Alguna carta que pueda servir para que alguien te haga chantaje más adelante? —preguntó Griffith, acometido por una súbita sospecha.

—No, en absoluto. Y aunque tuviera papeles comprometedores, ¿qué podría importarme? Soy una mujer libre y no tengo que dar cuenta a nadie de mis actos.

—Lo cerebro. De todos modos, mañana, cuando te sientas más tranquila, procura hacer una revisión general de todos los papeles, para ver si te falta algo que pueda interesar a otras personas.

—Lo haré, te lo prometo. Ken, ¿crees que debemos llamar a la policía?

Griffith procuró rememorar la visión del jorobado. Creyó haberle visto las manos enguantadas y denegó con un gesto.

—No ha dejado huellas dactilares, estimo —repuso—, de modo que serla inútil. En cambio, si ha dejado otra cosa, que estuvo a punto de cortarme el resuello.

Cruzó la estancia en cuatro zancadas y desclavó el cuchillo, que enseñó a la dueña de la casa.

—Al verme, me lo lanzó —dijo, ante la mirada atónita de Vera, quien, dada su posición, no lo había visto todavía—. Sin embargo —añadió—, pude cerrar a tiempo, aunque, desde luego, si me alcanza, no lo estaría contando en estos momentos. Fíjate, atravesó la madera...

Vera se mareó y Griffith tuvo que sostenerla para que no cayera redonda al suelo. Dejó el cuchillo a un lado y, sosteniéndola por la cintura, la condujo nuevamente al dormitorio.

—Será mejor que te eches un poco —dijo—. Voy a hacer algo de café, para que te repongas. ¿Tienes sedantes en casa?

Ella señaló débilmente una mesilla de noche.

—He pasado un miedo espantoso...

Griffith sonrió.

—No era más que un vulgar ladronzuelo, que erró el objetivo —dijo, para tranquilizarla—. Pero es que los ladrones de hoy día, tienen un mal genio espantoso y usan sus armas por naderías...

Lo decía para tranquilizar a la joven, pero estaba convencido de que el monstruo buscaba algo interesante.

Papeles, se dijo, pero, ¿qué papeles? También había sucedido lo mismo en casa de Hermione, pero allí, el monstruo se había limitado a atropellar a la muchacha, sin intentar agredirla.

Era un enigma que, por el momento, no podía descifrar, fue la conclusión a que llegó finalmente.

Pero acabaré por resolverlo —dijo entre dientes, ceñudo, dispuesto a hacer lo que fuese para conseguir aclarar aquellos misterios que parecían insolubles.

* * *

—Tengo dos entradas para la función de esta noche en el «Hennon's» —dijo Griffith, cuarenta y ocho horas más tarde—. ¿Qué me contesta. Hermione?

—Acepto encantada —respondió la muchacha—. ¿Ha tenido trabajo estos días, Ken?

Griffith demoró la respuesta unos segundos.

—Si —dijo al cabo.

En parte, era cierto. Había descuidado algo los asuntos pendientes de su bufete y se había visto obligado a hacer horas extraordinarias para ponerse al corriente.

—De acuerdo —dijo Hermione—. ¿Nos dará tiempo a cenar antes de la función?

—Por supuesto.

—Entonces, venga y cene conmigo en casa. ¿Qué le parece?

—Una idea estupenda, si no es demasiada molestia...

Hermione se echó a reír.

—Será una cena fría, a base de fiambres; no espere guisos sensacionales ni platos exóticos. Alimentos indígenas, Ken.

—No son tan malos y, de paso, favorecemos la industria del país —contestó él jovialmente.

Fue una velada muy agradable, durante la cual se eludieron temas que, si estaban en la mente de ambos, no se mencionaron en absoluto. Al terminar, Hermione fue al baño, para retocarse un poco y muy pronto se mostró dispuesta para salir, decorosamente vestida, aunque con un gusto y elegancia que Griffith estimó difícilmente superables.

Quizá, se dijo, Vera era una mujer mucho más hermosa, pero, ciertamente, más sofisticada. Hermione resultaba más sencilla y natural, lo cual podía ser resultado tanto de su idiosincrasia como del ambiente en que se movía.

La función del «Hennon's» constituyó una enorme sorpresa para ambos, porque en ella trabajaba nada menor que el jorobado a quien habían visto en sendas ocasiones, aunque por separado.

El monstruo figuraba en el reparto como Everard, sin más datos, pero lo que aumentó la estupefacción de Hermione y el joven fue que la obra era sobre un tema humorístico, parodia de terror, que arrancaba continuas carcajadas al público.

—Es increíble —dijo la muchacha, cuando se hubo repuesto de su asombro—. Ahí está el monstruo, tan tranquilo, actuando como la estrella del espectáculo...

—Luego iremos a verle a su camerino —murmuró Griffith. Hablaban en voz baja, para evitar les llamaran la atención los otros espectadores—. Sin embargo, no he visto en el programa el nombre de la hermana de Vera.

Alvin Kealon, en cambio, si figuraba en dicho programa, pero como director de escena. Con las mandíbulas juntas. Griffith se propuso hablar al término de la función con ambos personajes.

—Deberíamos haber venido mucho antes —dijo entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó Hermione.

Griffith buscó la mano de la muchacha y la oprimió amistosamente.

—Quizá esta noche salgamos de dudas —contestó.

* * *

Una propina a un acomodador les sirvió para encontrar la ruta que conducía a los camerinos. Griffith, llevando a Hermione del brazo, se detuvo bruscamente ante una puerta en la que. bajo una estrella de plata, se leía el nombre de Thea Haggenberg.

—Es curioso —dijo .. Su nombre no figura en el reparto de la obra...

Pero, siendo la hermana de Vera, pensó, no estaría de más hablar unos momentos con ella, por lo que se decidió a tocar en la puerta con los nudillos.

Una voz de mujer sonó al otro lado en el acto:

—Pasa, Alvin.

Griffith abrió la puerta.

—Lo siento, señorita Haggenberg; no soy la persona que acaba de mencionar —dijo.

Thea se volvió instantáneamente, cubriéndose el cuerpo por delante con la bata que tenía en las manos, ya que se hallaba completamente desnuda. Hermione, sofocada, volvió la vista a un lado.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la mujer con acento desabrido.

—Disculpe que la hayamos sorprendido en tan crítica situación, señorita —dijo Griffith con toda cortesía—. Le aseguro que no era nuestra intención una cosa semejante...

—Todavía no me han dicho sus nombres —se impacientó Thea, a la vez que se dirigía a ocultarse tras un biombo.

—Griffith, abogado. Hermione Sheats. mi acompañante por esta noche. Y añadiré, señorita Haggenberg, por si lo ignora, que soy el encargado de defender los intereses de su hermana en Kelphax House, la propiedad que ella tiene en Tyllencoon.

—Ah —murmuró Thea—, eso es diferente. No lo sabía, abogado... ¿Puede decirme qué es lo que desean de mi?

Griffith vaciló un instante. Thea, mientras se vestía, sonrió por encima del biombo.

—Pasen, pasen, no se queden en el pasillo; hay demasiadas corrientes de aire y podrían acatarrarse —dijo con una punta de ironía —. Si puedo servirles en algo, lo haré con mucho gusto, abogado.

—Gracias, señorita Haggenberg. Verá... La señorita Sheats se siente muy preocupada por la desaparición de una amiga suya. Gladys Moore...

—Nunca he oído hablar de esa mujer —contestó Thea rápidamente.

CAPITULO VII

Al cabo de unos momentos. Thea salió del biombo, completamente vestida, aunque con el pelo suelto, largo, por encima de los hombros. Era una mujer de mediana estatura, muy bien formada y de rostro verdaderamente atractivo. El parecido con su hermana era innegable, pensó Griffith, aunque ciertamente, no se la podía tomar como gemela de Vera.

Sobre una mesita había un cubo con hielo y una botella de champaña. Thea sirvió tres copas, con encantadora sonrisa.

—Acepten mi invitación —rogó—. Y. de paso, abogado, dígame qué le indujo a pensar que yo podía saber algo sobre una mujer a quien desconozco en absoluto.

—Bien, la señorita Moore fue contratada para hacer unas pruebas de cine... Su hermana me dijo que usted tal vez podría saber algo; indicó que, puesto que conoce a gentes de la profesión...

Thea negó con enérgicos movimientos de cabeza.

—No, lo siento —manifestó—. No conozco a nadie que esté relacionado con la industria del cine, salvo lo que leo en los periódicos y revistas. Lamento defraudarles, pero no puedo decir otra cosa.

—De todos modos, agradecemos su amabilidad, señorita. ¿Puedo, ahora, hacerle una pregunta un tanto indiscreta?

Thea sonrió.

—Tal vez no la conteste —dijo.

—Me arriesgaré a recibir una negativa —expresó el joven, sonriendo también—. Usted tiene camerino de «estrella», pero no actúa en la función...

—En esta obra, ciertamente, no tengo papel —admitió Thea—. Sin embargo, tal vez le interese saber que participo económicamente en las finanzas del teatro, por lo que suelo acudir casi todas las noches.

—El negocio debe ser atendido personalmente por el dueño —dijo Griffith.

—Exacto. ¿Han asistido a la función? ¿Les ha gustado?

—Muchísimo. Es una obra estupenda... Pero hay algo que nos intriga, señorita Haggenberg. Querríamos hablar personalmente con Everard y usted, quizá, pueda servirnos como introductora ante un personaje tan esencial en la representación...

Thea meneó la cabeza repetidas veces.

—Lo siento infinito —dijo— Everard es un actor magnifico. hay que reconocerlo, pero el pobre está muy amargado por su condición física.

—Es comprensible —manifestó Griffith

—¿No le gusta recibir visitas de admiradores? —terció Hermione, quien no había despegado los labios hasta entonces.

—En cierto modo, así es, señorita —contestó Thea—. Everard es consciente de sus defectos y rechazaba tajantemente ser objeto de curiosidad. Tanto es así, que suele llegar al teatro apenas un minuto ames de alzarse el telón y se marcha apenas concluye de desempeñar su papel, antes, incluso, de que acabe la función. Y ustedes me dispensarán, espero, si por discreción me callo su residencia, ya que es algo que Everard desea mantener en el máximo secreto.

—Es totalmente comprensible y le presentamos nuestras excusas por la indiscreción cometida. Y ahora, si nos permite retirarnos...

La puerta del camerino se abrió de pronto y un hombre atravesó el umbral, antes de darse cuenta de que Thea no estaba sola.

—Querida, tengo que decirte algo...

Alvin Kealon se interrumpió bruscamente. Thea hizo un leve ademán.

—Pasa, cariño —dijo—. Te presento al abogado Griffith y a la señorita Sheats.

Kealon hizo un saludo con la cabeza.

—Conozco al abogado —manifestó—. ¿Cómo está usted, señorita?

—Ya nos marchábamos —declaró el joven.

De pronto, recordó algo que había oído de labios de Vera.

—Discúlpeme, señor Kealon... Tal vez lo estime una incorrección, pero la señora Haggenberg, es decir, la hermana de Thea, me dijo que usted fue a proponerle tomar parle en la financiación de una productora de cine.

—Es cierto —admitió el recién llegado—. Sin embargo, debe saber que sólo se trata de estudios previos sobre el tema, tanteos sin haber llegado todavía a decisiones en firme. Por otra parte, no es asunto que corra demasiada prisa; la obra que dirijo tiene mucho éxito y hasta que no acabemos las representaciones no podré dedicarme de lleno a los negocios del cine, si es que, al fin, me decido a hacerlo.

—Comprendo, y le pido disculpas por mi curiosidad —sonrió Griffith.

—El abogado —terció Thea—, quiere saber si tú conoces o has oído hablar de una tal Gladys Moore, amiga de la señorita Sheats. Está muy preocupada porque hace algunas semanas que no tiene noticias suyas.

Kealon hizo un gesto negativo.

—Lo siento, nunca oí hablar de esa dama —respondió.

—Muchas gracias por su amabilidad, a los dos —se despidió Griffith.

Salieron a la calle. Hermione se detuvo unos momentos para mirar a su acompañante.

—Extraño, ¿no?

—Al contrario; yo encuentro perfectamente natural que ninguno de

los dos conozca a Gladys —dijo el joven.
—Yo me refería a Everard, Ken.
—Ah, quieres decir el monstruo... Te sorprende su comportamiento, ¿verdad?
—Un poco. Llega al teatro con el tiempo justo para empezar la función; se marcha antes de que bajen el telón...
Griffith suspiró.
—Hermione, si yo estuviese en su pellejo, también haría lo mismo —contestó.
—Sí, creo que tienes razón —murmuró ella pensativamente.
—Te acompañaré a casa —dijo—. Estaremos unos días sin vernos —añadió—. La semana próxima tengo un juicio importante y debo concentrar todos mis esfuerzos en conseguir una sentencia favorable para mi cliente.
—Ganarás el pleito —vaticinó Hermione sonriendo.
—Ojalá... Después, me tomaré unos días de descanso... Oye, ¿por qué no me acompañas a hacer una visita a Kelphax House? La dueña quiere venderla, pero yo necesito ver antes la propiedad, para estar en condiciones de enfrentarme a las objeciones de un posible cliente.
—Avísame cuando vayas a ir y te daré mi respuesta —dijo la muchacha.

* * *

El teléfono sonó de pronto en el gabinete y Vera alargó la mano para levantar el aparato.
—¿Sí?
—¿Señora Haggenberg?
—Yo misma. ¿Con quién hablo?
—Me llamo Peter Jameson, señora. Sé que es usted la propietaria de una residencia llamada Kelphax House, en Tyllencoon. Estoy interesado en su compra...
—Disculpe, señor Jameson, pero tengo un abogado que se ocupa del asunto. Le daré su dirección y teléfono y ya se entenderá con él —dijo Vera.
—Es usted quien debe perdonarme, señora. Por supuesto, me imagino que tiene quien defienda sus intereses, pero en este caso, desearla realizar la transacción personalmente, sin intermediarios...
—Mi abogado, señor Jameson, no puede ser considerado estrictamente como un intermediario —dijo la mujer con sequedad.
—Le ruego me perdone; no supe expresarme. Ciertamente, de llegar a un acuerdo en la transacción, su abogado y el mío se

entenderían *a posteriori:* sin embargo, preferirla realizar los trámites preliminares con usted.

—¿Quiere decir tratar directamente conmigo?

—Exacto, señora Haggenberg.

—Bien, no tengo inconveniente... Si lo desea, puede venir a mi casa...

—Es que... Verá, antes preferiría examinar Kelphax House personalmente... ¿Por qué no viene usted a enseñarme la propiedad?

—Por favor, son casi ochenta millas...

—Oh, hora y media de viaje, otra hora allí, como máximo y noventa minutos más para el regreso... En una mañana podríamos dejar sentenciado el asunto... Si la propiedad me satisface, estoy dispuesto a llegar a las doscientas cincuenta mil libras... en efectivo y en el momento de la firma de los documentos...

Vera vaciló unos momentos. La cifra mencionada era muy superior a lo que esperaba conseguir por Kelphax House. Y si Jameson pagaba en el acto, como había prometido...

—Está bien —accedió finalmente—. Mañana, a las once de la mañana en punto, me tendrá en Kelphax House.

—Mil gracias, señora —dijo Jameson—. Le aseguro que no le daré motivos para quejarse de mi puntualidad.

Vera colgó el teléfono y se quedó unos momentos pensativa. Al cabo de un rato, se decidió y levantó el aparato de nuevo, para llamar a Griffith.

—¿Ken? —dijo, cuando estuvo establecida la comunicación—. Tengo noticias sobre Kelphax House. Un comprador me ofrece nada menos que un cuarto de millón. ¿Qué te parece?

—Estupendo —respondió el joven—. Si no entendí mal. tú pretendías doscientas mil...

—Dije, creo recordar, que era una cifra adecuada. Y si no lo dije entonces, lo digo ahora. —Rió satisfecha—. Mañana debo ir a encontrarme con el comprador —añadió—. Pagará en el acto, ¿qué más puedo desear?

—Debo felicitarte, en efecto. Es una buena noticia. Vera.

—Peter Jameson dijo que, cuando hayamos ultimado los detalles, intervendrán los abogados para la redacción de los documentos adecuados. Tú y el suyo, claro.

—Está bien. ¿Dices que irás mañana a Kelphax House?

—En efecto, pero estaré de vuelta para las dos de la tarde. Te llamaré en cuanto regrese y... Mañana, precisamente, podría dar permiso a la servidumbre... —añadió Vera maliciosamente.

—Lo siento. Tengo un importante pleito entre manos, debo defenderlo ante el tribunal el lunes próximo y no me queda tiempo apenas para encender un cigarrillo. Te avisaré en cuanto esté listo y

te pediré que des fiesta a la servidumbre.

—El lunes les diré que tienen el día libre. Y la noche también —se despidió la mujer con evidente acento de apasionamiento.

Griffith colgó el teléfono y meneó la cabeza. Deberla «desengancharse» de Vera, pensó. Pero si ella vendía Kelphax House, único lazo profesional que les unía, trataría de distanciarse hasta conseguir que Vera le olvidase por completo.

No era, se dijo, la mujer que deseaba vivir a su lado el resto de sus días. Hermosa, deseable, voluptuosa... pero con caracteres diametralmente opuestos, pese a que no se hubiese producido el menor roce entre ambos hasta el momento.

Sin saber por qué, volvió sus pensamientos hacia Hermione y. en aquellos instantes, deseó estar a su lado, pero sabía que era imposible, porque ambos, pero sobre todo él, tenían trabajo en abundancia.

No obstante, podía hacer un pequeño alto, para comunicarse con la muchacha y, sin dudarlo dos veces, la llamó por teléfono.

Hermione se mostró muy sorprendida al oírle.

—Pensé que tu tarea te tenía completamente absorbido —dijo.

—Es cierto, pero, en ocasiones, conviene tomarse un minuto de descanso —contestó Griffith jovialmente—. Y. a fin de cuentas, también necesito alimentarme, para lo cual debo suspender el trabajo inexorablemente.

—Sospecho que tratas de invitarme a cenar —rió Hermione.

—Podemos encontrarnos en un punto intermedio, porque no me atrevo a pedirte que me invites en tu casa. ¿Qué te parece?

—Bien, si me indicas el lugar...

Griffith lo pensó durante unos instantes y luego de decírselo, añadió:

—Hermione, el lunes, con éxito o fracaso, me habré descargado de trabajo para una corta temporada. ¿Qué te parecería si el martes, aprovechando este tiempo tan magnífico, hacemos una excursión a Tyllencoon? Tengo ganas de conocer aquello, antes de que su dueña lo venda.

—Muy bien, pero mejor lo discutimos en la cena, si no tienes inconveniente. Ken.

—Creo que no habrá discusión —manifestó Griffith alegremente.

—¿Van a vender pronto la propiedad? —preguntó Hermione.

—La dueña ha recibido una buena oferta y creo que aceptará —respondió el joven.

CAPITULO VIII

Vera Haggenberg creía soñar. No, aquello que le sucedía no podía ser cierto. Estaba sufriendo una pesadilla. Pronto se despertaría y...

Ahora soñaba que, al llegar a Kelphax House y penetrar en el edificio, un desconocido, cubierta la cara con una máscara, la había asaltado, arrojándola al rostro un chorro narcótico de gas narcótico, con lo que había perdido el sentido casi instantáneamente.

En realidad, no había sido un desmayo absoluto, sino más bien una pérdida de facultades, sobre todo, físicas. Semiinconsciente, dándose cuenta vagamente de lo que le sucedía, se había notado sostenida por unos fuertes brazos y conducida a una habitación del primer piso. Las náuseas y el mareo producidos por el gas causaban en su mente espacios alternativos de claridad y nebulosidad, aunque no de obscuridad absoluta.

Por ello pudo, aunque de una manera muy difusa, percatarse de que unas manos ávidas la despojaban por completo de sus ropas. Luego se vio tendida sobre una amplia mesa, a la que fue sujetada por cuatro argollas que ceñían sus muñecas y tobillos.

Momentos después, alguien le hizo aspirar sales y los sentidos retornaron gradualmente a la normalidad. Pero, aun así, su mente se negaba a aceptar plenamente la realidad.

No era posible, no era posible, se repetía una y otra vez. Aquello no era cierto. Estaba soñando y despertarla en cualquier momento...

Y, de súbito, adquirió la convicción de que todo era auténtico y que no se trataba de una pesadilla.

—¿Qué pretenden hacer conmigo? —se preguntó, terriblemente acongojada.

Una y otra vez intentó soltarse de las argollas, pero ni siquiera logró mover la mesa, sólidamente anclada al suelo. Repentinamente, se abrió la puerta y un hombre penetró en la habitación.

Era un sujeto alto, hercúleo, cuyo rostro tenía facciones vagamente orientales. El cráneo aparecía completamente afeitado a excepción de un copete de pelo en la coronilla. Además, vestía de una forma muy curiosa, casi estrambótica La indumentaria del hombre, que le resultó completamente desconocido, consistía en una especie de túnica, recargada de adornos en oro y pedrería, con amplias mangas, en las cuales tenía escondidas las manos. Incongruentemente. Vera pensó que las piedras preciosas no podían ser auténticas: eran simples imitaciones, a fin de causar más efecto en la exótica vestimenta del sujeto.

De pronto, el hombre sacó las manos de las mangas y extendió los brazos. Horrorizada, Vera vio en la mano derecha del gigantesco individuo un puñal, de más de treinta centímetros de largo, cuya hoja

brillaba siniestramente. En el mango había también algunas joyas, pero lo que más la aterró fue ver que, con el gesto, la túnica se había abierto totalmente por delante y que, debajo, el oriental no llevaba ninguna otra prenda de ropa.

En el rostro del oriental, aparentemente un sacerdote de alguna extraña religión, surgió una sonrisa que puso hielo en las venas de la joven. El hombre se acercó lentamente a ella y, de pronto, con súbito gesto, bajó la mano armada.

Vera lanzó un agudo chillido de terror, pero el puñal se clavó en la madera a pocos centímetros de su cuello. Sin poder resistir más la tensión a que estaba sometida, formuló una agónica petición:

—Por favor, suélteme... No me haga daño... Le daré todo lo que me pida, dinero... joyas...

La sonrisa del oriental se hizo aún más terrible. Con gran lentitud se puso encima de Vera, cubriéndola enteramente con su túnica, como si fuese un gigantesco insecto que pretendiese devorar a su presa, ocultándola a los ojos de los demás.

Durante unos interminables minutos, Vera se sintió espantosamente ultrajada, abyectamente poseída por aquel desalmado individuo. No sabía por qué hacia aquellas horribles cosas, pero tenía la sensación de que el hombre era acaso un enfermo mental que sólo podía acceder al placer mediante determinados estímulos externos, entre los cuales se incluían no sólo la vestimenta, sino también la posición en que ella se hallaba, sujeta a la mesa y sin poder evitar el ultraje.

Pasaría pronto, se dijo, mientras soportaba los jadeos del oriental. Pero, de repente, sintió un agudísimo dolor en el lado izquierdo del cuello.

Vagamente, se dio cuenta de que el desconocido se separaba de ella. Notó también que la sangre corría por sus hombros y por la espalda, pegada a la mesa, y sus piernas, aunque sujetas, se agitaron en violentos espasmos de agonía.

La hemorragia originó en breves instantes la pérdida definitiva del conocimiento. Vera se hundió en las sombras eternas de la noche y sus sufrimientos acabaron para siempre.

* * *

El sol lucia espléndido cuando llegaban a las inmediaciones de Tyllencoon. Griffith y Hermione habían salido de Londres a una hora no demasiado temprana, cosa que a la muchacha había extrañado

en un principio, hasta que conoció los motivos.

—Anoche me llamó la señora Haggenberg —explicó él—. Quiere que nos veamos con el comprador en Kelphax a las cuatro de la tarde.

—Entonces, yo estorbaré —había dicho Hermione.

—Nada de eso. Todo lo que tenemos que hacer allí es ultimar los detalles de la operación y, supongo, no durará mucho, ya que el comprador está dispuesto a pagar al contado.

—¿En billetes?

—Mujer, supongo que entregará un cheque, aunque, eso sí, avalado por algún banco. En fin, como no tenemos prisa, te invito a almorzar.

Lo hicieron en un parador que encontraron muy agradable, de aspecto y decoración casi medievales, en donde les sirvieron una comida excelente. Al terminar, Hermione, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, miró sonriendo al joven.

—Estamos celebrando tu triunfo en el juicio —exclamó—. Es decir, supongo que has ganado, aunque hasta ahora no has dicho ni pío sobre el particular.

—Pues no. no ha habido triunfo, pero tampoco derrota, porque la moneda ha caído de canto.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Había fango en el tribunal? —preguntó ella maliciosamente.

—No, pero cuando las cosas marchaban mejor para mi, el abogado de la parte contraria, solicitó una suspensión, alegando la falta de no sé qué documentos que estimaba imprescindibles para la defensa de su cliente. El juez, contra mis objeciones, admitió la petición y el caso se ha demorado dos semanas más.

—¿Puede hacer una cosa semejante, Ken?

—Sí, aunque, desde luego, si gano, como espero, añadiré una demanda suplementaria, por daños y perjuicios, causados por una demora injustificada. En realidad, la demanda está ya presentada, a las resultas del veredicto final. Pero supongo que esto te aburre...

Hermione puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—Me resulta fascinante —contestó—. Mi profesión es muy distinta y, a veces, pienso que me habría gustado ser abogado y defender a mi cliente ante un tribunal, rebatiendo los argumentos del contrario, machacándole con artículos del código y... Bueno, eso sólo pasa en las películas, ¿verdad?

Griffith se echó a reír.

—La realidad es mucho más monótona y menos excitante y, desde luego, Perry Mason es un personaje de ficción, que en la vida real ganaría menos pleitos de los que le atribuye su autor —dijo.

—Si, suele suceder así —suspiró—. Dime, Ken, ¿no has tenido nunca novia? Quiero decir, una chica con la que te comprometieses formalmente...

—No. Pequeñas aventuras, algunos devaneos... Nunca llegué, sin embargo, a un compromiso definitivo.

—Eres bastante atractivo. No te costaría mucho encontrar una mujer bonita y cariñosa.

—Estoy buscándola desde hace años, pero resulta que per- di la linterna

Rieron alegremente. Luego. Griffith consultó la hora.

—Se nos ha pasado el tiempo casi sin darnos cuenta. ¿Qué te parece si vamos ya a Kelphax House? Pero dando un paseo; son apenas dos millas, la tarde es espléndida y el tiempo delicioso. Un poco de ejercicio nos sentaría bien, en lugar de sentarnos cómodamente en el coche.

—¡Perfecto, una idea maravillosa! —aplaudió Hermione entusiasmada.

El parador se hallaba situado en las afueras de Tyllencoon, en el lado más próximo a Kelphax House, lo que les evitaba atravesar el pueblo. Dejando el coche, frente al local, iniciaron la marcha por un camino bordeado de frondosos árboles.

Kelphax House se les apareció media hora después, surgiendo casi con brusquedad entre la vegetación. Hermione se estremeció al ver la casa.

—Ken, ¿es posible que alguien pueda dar un cuarto de millón por un edificio tan fúnebre?

—Nunca faltan caprichosos —dijo él sentenciosamente.

—Sí, tienen dinero y no saben qué hacer con él. —Y, tras una corta pausa, la muchacha añadió—: Espero que el comprador no sea el conde Drácula. Es una casa enteramente apropiada para un sujeto de sus características.

—El edificio resulta un poco siniestro, esta es la verdad —admitió el joven—. Pero un cuarto de millón alegra el ánimo más deprimido, ¿no te parece?

Hermione suspiró.

—Yo lo hubiera vendido por la décima parte —dijo.

Momentos después, se detenían ante la entrada de la casa.

Griffith se detuvo y consultó su reloj.

—La señora Haggenberg no tardará mucho en llegar —manifestó—. Sin embargo, me gustarla echar un vistazo a la casa antes de que ella venga.

—La puerta está cerrada. Ken —objetó Hermione.

Griffith se acercó y tanteó el pomo. Con gran sorpresa, observó que giraba sin dificultad. Empujó la puerta y se echó a un lado, a la vez

que extendía el brazo izquierdo con gesto galante:
—Paso libre —sonrió.
Hermione cruzó el umbral y miró a su alrededor.
—No está mal —dijo—. De todas formas, no pasarla aquí una noche sola por todo el oro del mundo.
—Nadie te obligaría a ello, desde luego.
Griffith recorrió con la muchacha las habitaciones de la planta. Luego volvieron al vestíbulo y él se detuvo en el centro con aire pensativo. Hermione le observaba en silencio, sin atreverse a interrumpir sus reflexiones.
Al cabo de unos instantes, Griffith pareció salir de su estatismo y se encaminó hacia la escalera.
—Vamos arriba —dijo.
De pronto, Hermione arrugó la nariz.
—Huelo algo raro, ¿no te parece?
Griffith aspiró el aire con fuerza.
—Petróleo, tal vez... pero tengo entendido que la casa no está conectada a la línea general de suministro de corriente, sino que dispone, o disponía de un generador propio. Tal vez hay algún escape en el tanque de combustible.
—No puede ser peligroso —dijo ella.
—Luego echaremos un vistazo. Creo que el generador está en un cobertizo independiente... En todo caso, se lo advertiremos a la señora Haggenberg para que tome las precauciones necesarias. Anda, sigamos.
Lentamente, subieron al primer piso, en donde, una tras otra, recorrieron todas las habitaciones, en las que se advertía el abandono lógico en una casa que había sido ocupada muy poco en los últimos años. Entraron en una estancia que se hallaba prácticamente desprovista de muebles y, de repente, se oyó abajo un fuerte golpe.
Hermione se estremeció.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó.
—No lo sé —respondió Griffith—. Quédate aquí un momento; voy a ver lo que ha pasado y regresaré en seguida.
—No tardes —rogó ella, muy aprensiva.
La luz del día había disminuido considerablemente. Hermione se notó acometida por extraños presentimientos. Eran producto de su imaginación, pensó, tratando de calmarse a sí misma, pero, por más que lo intentaba, no conseguía librarse totalmente de sus temores.
De repente. Hermione sintió que algo húmedo golpeaba su frente. Era como si le hubiese caído una gran gota de agua, en los prolegómenos de una tormenta.
Pero estaba a cubierto y no podía caer agua en el interior.

Instintivamente, llevó una mano a la frente, tocó la humedad y luego se miró los dedos mojados.

Mientras. Griffith había llegado a la mitad de la escalera, desde la que se veía la puerta de entrada, completamente cerrada.

—La dejé abierta —murmuró—. Alguna corriente de aire, la cerró de golpe y...

En el mismo instante, oyó un horrible chillido en el primer piso.

—¡Ken. Ken —gritó la muchacha histéricamente.

Griffith dio media vuelta y se precipitó hacia arriba a todo correr, tropezándose con Hermione, que salía de la habitación, enloquecida, sin ver apenas los obstáculos. Griffith le sujetó fuertemente con los brazos.

—Cálmate —rogó—. No temas nada; yo estoy aquí. ¿Qué te ha pasad...?

El joven se interrumpió apenas había hablado, al ver la mancha escarlata que había en la frente de Hermione. Ella temblaba como hoja azotada por el ventanal y profería de continuo palabras inarticuladas, que no permitían apenas adivinar lo que quería expresar.

—Allí... en la habitación última... Llueve sangre...

Griffith apretó las mandíbulas. Vio en el corredor una banqueta con asiento acolchado y empujó a la muchacha ha da allí.

—Siéntate y no te muevas —ordenó—. Voy a ver qué ha sucedido. —Sacó un pañuelo—. Toma, límpiate bien —indicó.

Dejando sola a la muchacha, entró en la habitación y levantó la vista al techo. Un escalofrío recorrió su espalda al ver la mancha de color rojo que se ensanchaba con horrible lentitud en el blanco del enyesado del techo.

* * *

Durante unos segundos. Griffith permaneció inmóvil, contemplando con morbosa fascinación aquel círculo rojo, que no tendría más de un palmo de diámetro. Una gran gota se desprendió súbitamente y cayó al suelo, con lúgubre chasquido, formando una estrella roja de siniestro, pero también inconfundible significado.

De pronto, giró en redondo y se encaminó hacia la puerta

Hermione le miró ansiosamente.

—Sigue ahí —dijo él—. Voy a averiguar dónde está...

Iba a decir «el cadáver», pero no quiso aumentar la angustia de la muchacha. Con paso firme, se dirigió al otro extremo del corredor y llegó ante una puertecita, cuyo pica porte agitó con fuerza.

Estaba cerrada con llave, pero ello no le arredró. Levantó el pie y golpeó con todas sus fuerzas. Se oyó un estallido de maderas, que sobresaltó violentamente a Hermione. y el paso quedó franco.

Griffith se precipitó por la escalera que conducía al ático, en realidad, un desván, como pudo comprobar segundos más tarde. Al fondo, en un punto que estimo situado sobre la habitación en que acababan de estar, divisó una gran Caja de madera de forma alargada. La madera parecía vieja y se veía agrietada en algunos puntos.

Con paso algo menos firme, se acercó a la caja, que vio cubierta por una tapa del mismo material. La tapa, sin embargo, estaba puesta sencillamente sobre los bordes y no se advertía en ella señal de cierre alguno.

Griffith contuvo el aliento unos instantes. Luego, de golpe, levantó la tapa, que se deslizó a un lado, para acabar cayendo con sordo estruendo.

Aterrado, retrocedió un paso, sin poder evitarlo. Luego se acercó de nuevo y contempló aquel horripilante espectáculo, que le hizo saber que Vera Haggenberg no acudiría jamás a la cita que le había dado la víspera.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, con la vista hipnóticamente fija en el cadáver que yacía en la caja, de dimensiones semejantes a las de un ataúd, pero, sobre todo, en la espantosa herida que se veía en el lado izquierdo de su cuello. Repentinamente, un agudo grito de Hermione le hizo salir de aquel morboso ensimismamiento.

—¡Fuego! ¡Hay fuego en la casa, Ken!

CAPITULO IX

Griffith se precipitó instantáneamente escaleras abajo, al llegar al corredor, vio a Hermione en pie, chillando histérica mente, mientras señalaba con la mano hacia la planta inferior, de la que llegaban ya espesas nubes de humo, junto con el resplandor de algunas llamaradas.

—Empezó de golpe... —decía la muchacha, fuera de sí—. Oí una serie de chasquidos, muy rápidos, y luego brotó el fuego.

Griffith apreció los labios. El olor a petróleo, se dijo, no procedía de algún escape del tanque que alimentaba el generador de la casa.

—Alguien lo había preparado con antelación —murmuró.

Hermione le miraba angustiosamente. Griffith se dio cuenta de la rapidez con que se incrementaba el fuego y se dijo que era hora de tomar una decisión.

—Vamos —exclamó, a la vez que agarraba la mano de Hermione.

Al llegar al arranque de la escalera, la muchacha emitió un nuevo grito de terror.

Había una barrera de llamas en el final, al nivel del suelo del vestíbulo, la cual les cerraba el paso. Por otra parte, el incendio se avivaba con increíble rapidez y Griffith juzgó imposible saltar por una de las ventanas del primer piso, dada la excesiva altura que había hasta el suelo del exterior.

Pero aún tenían una vía de escape, se dijo.

—Ven —tiró nuevamente de Hermione, haciéndola descender hasta la mitad de la escalera—. Voy a descolgarte a este lado del vestíbulo, donde no llegan aún las llamas.

El calor era ya insoportable. Griffith hizo que la muchacha pasara por encima de la barandilla y luego la dejó caer suavemente hasta el suelo. Inmediatamente, saltó por encima del pasamanos y cayó a su lado, flexionando las rodillas para amortiguar el impacto contra el suelo.

—Por aquí —dijo—. Conozco un lugar que nos permitirá salir sin riesgo.

Hermione, aturdida y casi inconsciente, sentía que le faltaba aire en los pulmones, debido al humo que ya llenaba todo el edificio. Apenas se dio cuenta de que Griffith la llevaba hasta la cocina, en donde, con un violento empujón, apartó la mesa que había en el dentro, arrojándola a un lado sin consideraciones.

El suelo estaba cubierto por una capa de linóleo. En aquel momento, se oyeron varios estallidos.

—No temas —dijo... Son los vidrios, que saltan por el calor. Lo cual originará corrientes de aire, que avivarán el fuego y...

Mientras hablaba, Griffith apartaba el linóleo del suelo. Pese a su

turbación, Hermione pudo ver los contornos de una trampilla que había en un lugar donde no se hubiera imaginado nunca la existencia de nada semejante.

Griffith levantó el escotillón, del que partía una escalera de peldaños muy empinados, que conducía a las profundidades de un sótano. El joven se acercó a una alacena, hurgó unos momentos y regresó con una vela en las manos.

—Baja, con cuidado —indicó—. Procura asentar bien los pies.

Hermione empezó a recobrar la confianza en sí misma. Notablemente dispuesta, inició el descenso, hasta que sintió el contacto de sus pies contra el suelo.

Griffith bajó a continuación y encendió la vela. Entonces, la muchacha, atónita, pudo ver el principio de un amplio túnel que se perdía en las entrañas del subsuelo y cuyo final no se podía divisar aún desde el punto en que se hallaban.

Después de encender la vela, Griffith miró a la muchacha, agarró su brazo y sonrió.

—Alguien nos preparó la encerrona, pero no supo calcular bien —dijo—. Por eso nos vamos a salvar sin dificultades. ya lo verás.

* * *

La luz del ocaso hirió sus retinas, pero lo que más alivió a Hermione fue respirar aire puro. Tras llenarse los pulmones de oxígeno, volvió la cabeza para contemplar el indescriptible espectáculo que era Kelphax House, ardiendo en pompa, del tejado a los cimientos, a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Cansada y fatigada, se dejó llevar por Griffith hasta un árbol, a cuyo pie se sentó, notando una infinita relajación que casi le impedía moverse. Desde allí, contempló la destrucción de la casa.

Las llamas enrojecían el cielo. Una espesa humareda, entre la que se divisaban miríadas de chispas, subía a las alturas. Griffith, también muy aliviado, se sentó junto a ella y pasó el brazo por sus hombros.

—La gente de Tyllencoon no tardará mucho en llegar, pero ya no podrán hacer nada —dijo—. Kelphax House era muy vieja y arderá como la yesca. Sólo quedarán en pie las paredes maestras y las estructuras de alguna de las chimeneas.

Hermione recordó de pronto algo que había olvidado, en sus ansias por escapar con vida de un infierno.

—Y de este modo, quedarán destruidas las pruebas de un asesinato —dijo.

Griffith asintió.

—Exactamente, eso es lo que sucederá —convino.

—¿Viste... al muerto?

—No era un hombre, Hermione, sino una mujer. Más concretamente. Vera Haggenberg.

La muchacha se estremeció.

—¿Estás seguro de que había muerto?

—Degollada.

Hermione se tapó la cara con las manos.

—Es horrible... Pero, ella te citó en Kelphax House ayer...

—No fue ella. Alguien imitó su voz, aunque también es cierto que yo no había hablado con Vera en demasiadas ocasiones, para identificarla por su tono de voz. Era una mujer la que me hablaba, dijo ser ella y no se me ocurrió que pudiera ser una superchería. Pero ya había muerto. Hace tres días, por lo menos.

Hermione alzó la vista vivamente.

—¿Y... sangraba todavía?

—Pusieron el cadáver en un cajón viejo de madera, supongo que con algo de hielo, pero éste se fundió y el agua resultante salió por los intersticios de las tablas. Empapó el suelo y así, los rastros de sangre que aún habían quedado en el cadáver, traspasaron sin dificultades el techo de la habitación.

—Pero ¿por qué? ¿Qué demonios podían tener contra ella? —preguntó la muchacha, todavía estremecida de horror.

—Lo ignoro. Sólo sé que alguien la asesinó y me hizo venir aquí, con la excusa de ultimar la venta de la casa. Indudablemente, quería también matarme, aunque, por fortuna, no lo consiguió.

—Tú encontraste una salida secreta... ¿Cómo lo supiste? A mi no se me hubiera ocurrido jamás. Ken.

—Bueno, cuando Vera empezó a mencionar la venta de la propiedad, me dije que debería estar bien informado y me procuré los planos, que resultaron ser sumamente detallados, así supe la existencia de ese pasadizo, destinado en un principio a bodega, aunque luego no se utilizase con ese fin. La cocina no se hallaba primitivamente en su actual emplaza miento, sino que era una especie de cuarto auxiliar para alimentos y utensilios de uso no inmediato. Luego, algún dueño de la casa realizó modificaciones en algunas de sus estructuras interiores, hasta quedar en el estado en que la conocimos.

Hermione pareció satisfecha con las explicaciones y señaló el edificio en llamas, que enrojecían la declinante luz del día.

—Kelphax House ya no existe —dijo

En aquel momento, la casa se derrumbó con estrépito aterrador. Un volcán de fuego y chispas subió a las alturas, a la vez que el suelo retemblaba fuertemente.

—La dueña tampoco existe —murmuró el joven.

—El asesino ha borrado las huellas de su crimen, ¿no es así?

—Posiblemente, se encontraran algunos restos, pero sólo serán identificables por lo que yo pueda declarar. Pero si no hubiera sido así, el crimen habría quedado oculto largo tiempo, porque nadie se habría imaginado que entre esas ruinas ardientes pudiera haber el cadáver de una persona.

Ya se divisaban algunas siluetas, que se movían en torno a los rescoldos del incendio, todavía muy intensos. Un par de coches llegaron a las inmediaciones y sus ocupantes se apearon inmediatamente, para ofrecer una ayuda que ya no era necesaria.

—Además —agregó Griffith—, pueden ocurrir dos cosas: las ruinas quedan abandonadas, en cuyo caso, nadie se ocupará de buscar los restos de una mujer asesinada. O bien envían máquinas para limpiar el terreno y allanarlo, si se quiere construir un nuevo edificio, y entonces, lo poco que haya podido quedar de Vera será arrastrado inexorablemente a alguna escombrera, en donde nadie se preocupará de buscar esos restos. Hablo en hipótesis, naturalmente, porque el asesino ignora en estos momentos que yo voy a levantar la tapa del pastel.

Hermione se estremeció.

—No ha debido de quedar mucho —dijo.

—No —convino él—. El fuego era muy intenso y habrá consumido absolutamente todo su cuerpo. Tal vez algunos dientes, algunos huesos... pero, en mi opinión, el incendio ha destruido totalmente el cadáver.

Griffith suspiró y se puso en pie.

—Hermione, tú y yo fuimos a dar un paseo por el campo. En ningún momento mencionamos a nadie que Íbamos a venir a Kelphax House. Ahora llegamos de la dirección opuesta, es decir, como si hubiésemos rebasado la casa una milla o cosa asi, y volvemos atraídos por el fuego. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, Ken, perfectamente —respondió la muchacha.

Griffith agarró su mano.

—Entonces, vamos allá, a convertirnos en unos simples curiosos. Ya llegará el momento de hablar con alguien de Scotland Yard.

* * *

Algunos días más tarde. Griffith recibió la llamada telefónica de un conocido suyo, el sargento detective Dick Cawstore. de Scotland Yard.

—Ken, soy Dick —dijo el policía—. Tengo algo interesante que enseñarte. ¿Puedes pasarte por mi despacho antes de las cinco de la larde?

—Desde luego, —accedió el joven—. ¿De qué se trata, Dick?

—No puedo decirte nada por teléfono...

—Al menos, podrías anticiparme algo —se quejó Griffith.

—Como dijo no sé quién, ni me importa tampoco demasiado, «una imagen vale más que mil palabras». Lo comprenderás cuando estés aquí. Ken.

Griffith colgó el teléfono, sumamente preocupado por las reticencias del policía. Pero en cuanto se sintió descargado de trabajo, abandonó el despacho y se dirigió con la mayor rapidez posible al de su amigo.

Cawstore le recibió con una expresión de gravedad en el rostro, que no le gustó en absoluto. El sargento, tras ofrecerle una taza de té, le hizo sentarse en una silla. Griffith observó entonces que había un proyector cinematográfico dispuesto en un lado de la estancia, frente a una pantalla de unos dos metros de lado.

—Supongo que tienes el estómago curtido —dijo Cawstore.

—No sé a qué te refieres...

—Ahora lo verás. ¿Jim?

Había un policía de uniforme, ayudante sin duda de su amigo, quien, tras apagar las luces, puso en funcionamiento el proyector. A los pocos momentos, Griffith espeluznado, presenció escenas que le parecieron increíbles, espeluznantes, de un horror tal como jamás hubiera podido imaginarse.

Durante un buen rato, sólo hubo silencio en el despacho. Griffith vio torturas, ultrajes, violaciones, escenas de una pornografía indescriptible, y también asesinatos por los más diferentes métodos. Pero cuando vio cómo dos individuos enmascarados aserraban por la mitad a Dortin Brammond, se puso una mano en la boca y pidió a su amigo que te indicase el camino del lavabo.

Cawstore, comprensivo, hizo suspender la proyección. Cuando Griffith regresó, terriblemente pálido, le entregó un vasito con whisky.

—Siempre tengo whisky a mano, para casos semejantes —sonrió —. No lo has pasado muy bien, ¿verdad?

Griffith despachó el licor de un trago.

—A decir verdad, pensé por un momento que estabas so metiéndome a tortura psíquica —contestó—. ¿Cómo ha llegado esa cinta a tu poder? ¿Quién comete tales salvajadas?

Cawstore volvió a llenar el vasito, ahora para si, Griffith adivinó que su amigo, aunque debía de haber presenciado la proyección más de una vez. no había logrado acostumbrarse del todo a las horripilantes escenas grabadas en la película. Pero también supuso que le iba a hacer interesantes revelaciones y decidió ser paciente y aguardar a


que Cawstore rompiera aquella pausa de silencio.

CAPITULO X

—Todo comenzó —dijo Cawstore, al reanudar la conversación—, cuando unos vecinos de determinado barrio se quejaron del escándalo que producían los asistentes a una fiesta. El agente que patrullaba por aquel sector, acudió a imponer silencio, y los festejantes le prometieron seguir sus consejos. Pero, al mismo tiempo, el agente percibió cierto olor a una hierba que, por desgracia está muy de moda. Asimismo divisó a una mujer joven, completamente desnuda, tirada en un rincón, con una jeringuilla todavía en una mano. De momento, no dijo nada, pero avisó a una patrulla, que acudió con un mandamiento judicial. Esperaban encontrar drogas, y algo encontraron, en efecto, aunque no tanto como se imaginaban. Pero, además de infinidad de películas pornográficas, hallaron la que acabas de ver.

—Hubo detenciones, naturalmente —supuso Griffith.

Cawstore asintió.

—Se detuvo a todos, pero el principal instigador resultó ser el dueño de la casa. Cuando nuestros expertos dictaminaron que las escenas de violaciones, torturas y asesinatos, eran auténticas, decidimos interrogarle a fondo. No llegamos a tiempo. Se suicidó en su celda.

—Entonces... no habéis conseguido nada.

—Yo no diría tanto, aunque es evidente que la muerte de ese individuo supone un serio contratiempo para las investigaciones que vinimos efectuando desde hace tiempo. Hay una banda de gentes sin escrúpulos, que se dedica a secuestrar a las personas, principalmente mujeres, para filmar las torturas y los ultrajes a que son sometidas, acciones que, como habrás podido apreciar, terminan indefectiblemente en su asesinato por los más diversos métodos.

—Pero, ¿por qué? —preguntó el joven, horrorizado—. ¿Quiénes son esos individuos?

—No lo sabemos aún. En cuanto a los motivos, hay personas más depravadas todavía, que pagan las copias de esos filmes a precios altísimos. Y no sólo en el país, sino también en el extranjero... pero, como comprenderás, eso es algo que se hace con el máximo secreto.

De pronto. Griffith recordó una de las escenas que había contemplado, la decapitación de una mujer joven, hermosa, desnuda, tras ser perseguida por un horrible jorobado.

—Supongo —dijo—, que también utilizan victimas con dinero, como Gladys Moore y la señora Haggenberg.

—¿Cómo? —preguntó el policía, sorprendido.

—Gladys Moore heredó veinte mil libras y sus abogados me comunicaron que ya había cobrado la herencia. Ahora estoy viendo

que alguien falsificó su firma. Y es muy posible que haya sucedido lo mismo con la señora Haggenberg.

Cawstore empezó a tomar notas. Conocía lo ocurrido en Kelphax House, aunque, dada la inexistencia de pruebas, no hubiese podido hacer nada.

—¿Quién se ocupa de los intereses de la señora Haggenberg? —preguntó Cawstore.

—No lo sé, pero puedo averiguarlo. Si alguien ha mostrado un testamento suyo, puedes tener la seguridad de que es falso —dijo Griffith.

—Estoy seguro de que es así, y también investigaremos este punto —manifestó el policía. Miró a su amigo y sonrió—. ¿Quieres otro traguito?

Griffith suspiró.

—Venga ese trago —aceptó.

* * *

—Y eso es todo lo que hay —dijo Griffith a la noche, mientras cenaba en compañía de Hermione—. Unos sujetos carentes de escrúpulos, que asesinan a la gente por los más variados métodos, después de haber sometido a sus víctimas a indecibles vejaciones. Obtienen dinero de éstas, mediante falsificación de su firma, y luego, venden las películas a precios exorbitantes, para el disfrute de personas carentes en absoluto de sentimientos.

—Entonces, por eso el jorobado entró en mi casa —adivinó Hermione—. Necesitaban algún documento con la firma de Gladys, para poder falsificarla más tarde y percibir así la herencia de su pariente brasileña.

—Exacto. Lo mismo sucedió con Vera, sólo que, en aquel momento, aún vivía. Pero ya habían decretado su muerte...

—Su propia hermana —se estremeció la muchacha.

—Es posible, aunque no es seguro todavía.

—El padre de Vera era muy rico. Thea no resultó muy afortunada en el reparto de la herencia. ¿Pudo esto ser causa de odio y resentimiento hacia su hermana?

—Tal vez, aunque también cabe la posibilidad de que sea ajena al asunto. De todos modos, para mí, el personaje es el jorobado.

—¿Everard?

Griffith hizo un gesto afirmativo.

—¡Pero sigue actuando en el «Hennon's» —exclamó Hermione.

—Bueno, él no sospecha que la policía ya tiene una copia de la película en la que se ve atacando primero a Gladys y persiguiéndola después. Por tanto, resulta lógico que haga vida normal... si es que

se puede llamar así a su existencia.

Hermione se quedó pensativa unos momentos. Luego formuló una pregunta:

—Ken, ¿aparece Everard en el momento de la muerte de mi amiga?

—No. Ella consigue escapar y se refugia en un cuartito pequeño, que es donde resulta decapitada. Después de deshacerse de Everard, la única figura que aparece en pantalla es Gladys. Así, pues, si Everard fuese interrogado, diría que no sabe nada y que sólo estaban filmando las pruebas de una película de terror. La escena grabada no podría incriminarle nunca, ¿comprendes?

—Aunque sea cómplice de los asesinos.

—No hay pruebas concluyentes contra él —alegó Griffith.

—Eres buen abogado —sonrió la joven—. Pero, imagino, Everard no actúa solo. Esto es obra de una banda, dirigida... ¿por quién?

—Eso es lo que convendría averiguar, Hermione.

—¿Cómo, Ken?

Griffith hizo un gesto de impotencia.

—No tengo la menor idea, aunque si me convendrá hablar con Everard —respondió.

—Me gustaría acompañarte —dijo ella.

—¿De veras?

—Puedes tenerlo por seguro. —Hermione consultó su reloj—. Tenemos tiempo para ir al «Hennon's» —añadió.

Griffith sonrió, a la vez que levantaba la mano para llamar al camarero.

—Pagaremos la cuenta y nos iremos inmediatamente allí, pero no estaremos en la sala todo el tiempo —dijo—. Antes de que Everard termine su actuación, le aguardaremos en el pasillo de camerinos. ¿Te parece bien?

—Me entran ganas de aplaudirte —dijo Hermione.

—Cuando termine la función... nuestra función —repuso Griffith, no muy seguro del éxito de su idea, pero, a pesar de todo, firmemente decidido a llevarla a cabo.

* * *

En el vestíbulo del teatro se encontraron con un personaje conocido. Alvin Kealon, quien se mostró sorprendido al verles, aunque no hizo gestos exagerados que lo demostraran. Cortés, les regaló las entradas, no queriendo admitir el dinero que Griffith ofrecía como pago de su importe.

—Aprovechen bien la velada —dijo Kealon—. Esta noche es la última.
—La obra tiene éxito —alegó Griffith.
—Compromisos anteriores —manifestó el otro escuetamente.
—Se comprende. Por cierto, ¿puedo preguntarle cómo marcha su proyecto de fundar una productora de cine, señor Kealon?
—El proyecto sigue en pie, aunque todavía no hemos dado los pasos precisos para ponerla en funcionamiento. Es una idea interesante, pero que no corre demasiada prisa.
—Tal vez la señora Haggenberg no quiso intervenir como accionista...
—Hace tiempo que no he hablado con ella. Ya volveré a verla cuando me haya descargado del trabajo que supone dirigir esta obra —explicó Kealon.
—Si, desde luego.
Griffith y Hermione entraron en el teatro y se acomodaron en las respectivas butacas.
—Por lo visto. Kealon no sabe nada acerca de la muerte de Vera —cuchicheó Hermione al oído del joven.
—O lo finge, simplemente —respondió Griffith.
—¿Crees que está comprometido...?
—No lo sé. Desde luego, la muerte de Vera no se ha hecho pública todavía. Si él lo sabe, debe aparentar que ignora el suceso. Y si no tiene nada que ver con el crimen, entonces resulta lógico que la crea aún con vida.
El teatro estalló de repente en una sonora carcajada y los dos jóvenes volvieron su atención al escenario. Everard, el jorobado, realizaba su trabajo a la perfección, hubo de reconocer Griffith.
Resultaba un contraste sorprendente entre la monstruosidad física de aquel ser desgraciado y el humorismo de la obra, una excelente parodia de las novelas de terror. Griffith se preguntó dónde y cómo vivía, oculto casi siempre de la gente y hurtando constantemente su horrible figura a las miradas de morbosa curiosidad que debían de serle dirigidas por quienes no estaban habitualmente en contacto con él.
Durante un buen rato, siguieron atentamente la representación. Al fin. cuando Griffith calculó que ya quedaban pocos minutos para que finalizase la actuación de Everard, tocó en el brazo a la muchacha y se puso en pie.
Hermione le siguió en el acto. Un empleado quiso cerrarles el paso al corredor de camerinos, pero Griffith le puso en la mano dos billetes de una libra esterlina.
—Vamos a saludar a la señora Haggenberg —dijo—. Somos amigos suyos.

—Ah —murmuró el hombre, quien, inmediatamente, dejó de preocuparse de la pareja.

Griffith agarró a la muchacha por un brazo y la condujo hasta el extremo opuesto del pasillo. Había allí un par de grandes cajones de embalaje, utilizados sin duda para el transporte de vestuario y material, y el joven pasó al otro lado, haciendo que Hermione se situara junto a él.

—Esperaremos aquí —dijo.

—¿Por qué no le abordamos directamente? —se extrañó Hermione.

—Primero quiero observarle... Se marcha del teatro apenas termina su papel y quiero saber qué camerino utiliza.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, se oyó una ovación ensordecedora en la sala. Los aplausos duraron un buen rato, hasta que empezaron a atenuarse.

Everard apareció momentos después, caminando con cierta rapidez, pero también con dificultad, debido al defecto de sus piernas, que le obligaban a marchar casi de lado. Hermione notó que su tensión subía rápidamente y se metió un dedo en la boca para no gritar, al contemplar aquella monstruosa figura.

Con gran sorpresa de los dos. Everard llegó al camerino cuya puerta estaba rotulada con el nombre de Thea Haggenberg, abrió y desapareció rápidamente en su interior.

Griffith y Hermione se contemplaron recíprocamente unos instantes, desconcertados por la inesperada actitud de Everard. Luego, él, reaccionando, se irguió y abandonó su escondite.

—Vamos a hablar con él antes de que se marche —dijo.

—Tiene que salir por esa puerta, Ken —alegó la muchacha.

—El pasillo no es buen sitio para conversar acerca de ciertos asuntos —afirmó Griffith rotundamente.

Llegó ante la puerta del camerino y tocó impaciente con los nudillos. Al otro lado sonó una voz de mujer:

—¿Quién es?

—Griffith, abogado, señora Haggenberg. Vengo acompañado por... por mi secretaria —mintió el joven—. ¿Podemos pasar un momento?

—Aguarde un poco, por favor...

—Es muy urgente, señora —alegó el joven.

—¡Le he dicho que espere! —contestó Thea, enojada—. ¿O prefiere que llame por teléfono a los vigilantes para que les echen del teatro a la fuerza?

Griffith apretó los labios.

—¿Por qué diablos tiene que tardar tanto? —se quejó.

—Quizá está escondiendo a Everard —sugirió Hermione.

—Eso significarla que es su cómplice y no lo creo...

La puerta se abrió inopinadamente. Thea apareció ame los ojos de los dos jóvenes, anudándose el cordón de la bata con que se cubría.
—Disculpen —sonrió—. Acababa de tomar un baño y todavía no me había terminado de secarme. Pasen, por favor...
Thea, en efecto, tenía el pelo suelto y el rostro limpio de maquillaje, pero seguía siendo muy atractiva. Griffith, un tanto desconcertado, hizo que Hermione cruzara el umbral y después entró él.
—Tiene usted una secretaria muy hermosa —elogió Thea—. Claro que ella tampoco podrá quejarse de su jefe, ¿no es cierto, señorita...?
—Sheats, Hermione Sheats —recordó el joven—. Señora Haggenberg, disculpe nuestra curiosidad, pero queremos hablar con Everard.
Thea alzó las cejas.
—¿El actor que representa el papel de monstruo en la obra?
—El mismo, en efecto, señora.
—Everard no está. Ya le dije en cierta ocasión que abandona el teatro en cuanto termina su actuación.
—Pero nosotros le vimos entrar aquí —exclamó Hermione impulsivamente.
—Ah, sin duda, le aguardaban afuera...
—Llegamos justo cuando él entraba en este camerino —dijo el joven. Era otra mentira, destinada a ocultar el hecho de que habían permanecido escondidos tras unos cajones cuando Everard estaba aún en el escenario.
—Oh, comprendo —sonrió Thea—, Bien, si es así, les voy a revelar un secreto... que no lo es tanto, cuando se sabe que es algo que conoce la mayoría de la gente que trabaja en este teatro.
Sin dejar de sonreír. Thea cruzó el camerino, llegó ante una puerta situada al extremo del mismo y la abrió, para que sus visitantes pudieran apreciar que daba al callejón posterior del teatro.
—Es una puerta que ordenó construir una actriz muy caprichosa, hace algunos años —explicó Thea—. Le agradaba la popularidad, pero, en ocasiones, prefería abandonar el teatro discretamente, huyendo de las multitudes que aguardaban frente a la entrada principal.
—Y Everard se ha marchado por ahí...
—Efectivamente. Dudo, por otra parte, que puedan volver a verle de nuevo sobre el escenario.
—Si, el señor Kealon nos ha dicho que hoy concluyen las representaciones de la obra —convino Griffith.
—En tal caso, ¿son necesarias más explicaciones? —dijo Thea.
De pronto, Hermione levantó una mano.
—Disculpe, señora, pero usted, quizá, podría indicarnos el domicilio

de Everard —dijo.

Thea hizo un gesto negativo.

—Lo siento infinito —replicó—. Por supuesto, sé dónde vive Everard, pero no puedo revelarles ese dato. Es algo que no permite Everard y sólo lo conocen muy contadas personas. Unicamente se le llamaría, caso de algún asunto muy urgente, pero no para que dos personas, prácticamente desconocidas, puedan satisfacer su curiosidad, conversando con él de temas, que fuera de este teatro, le resultarían sin duda sumamente desagradables.

La mujer soltó su parrafada de un tirón. Griffith se percató de que había empleado unos argumentos irreprochables.

El no era policía y, aunque lo hubiera sido, habría necesitado una orden judicial para que Thea revelase el dato que ocultaba. Por otra parte, no había pruebas que permitiesen acusar formalmente a Everard de haber tomado parte en unos crímenes repugnantes.

Incluso había una pregunta que. aunque afectaba a Thea directamente, no podía formular. «¿Sabe usted que su hermana murió asesinada?», le habría dicho, si no estuviese obligado a guardar el secreto sobre el caso.

Con cara de circunstancias, trató de sonreír.

—Lamentamos haberla molestado, señora —dijo—. Rogamos nos disculpe y. cuando vea a Everard, dígale que estuvieron a verle dos apasionados admiradores de su labor escénica.

—Así se lo comunicaré, sin duda —prometió Thea.

Griffith y Hermione se encaminaron hacia la salida, él desconcertado y ella un tanto conturbada.

—No sé dijo la muchacha, cuando ya estaban en la calle—, las explicaciones de la señora Haggenberg parecen aceptables, pero, sin embargo, hay en ellas algo de falso que no acabo de imaginar.

—¿Tú crees...? —sonrió Griffith, cuando ya abría la portezuela de su automóvil.

Hermione volvió hacia él.

—Puede que sea una idiotez creer en los presentimientos, pero, a veces se realizan, ¿no?

—En muy raras ocasiones —contestó él—. Sin embargo, yo no dudo de la sinceridad de las respuestas de Thea.

Hermione meneó la cabeza, dubitativa.

—En parte si, pero, como he dicho, hay algo en ella que suena a falso. —Suspiró largamente—. Pero no alcanzo a adivinar qué pueda ser —añadió, desalentada.

Griffith se echó a reír y la empujó hacia el coche.

—Consúltalo con la almohada; quizá así encuentres la solución a ese enigma —aconsejó jovialmente.

CAPITULO XI

El sueño, como había creído Griffith, no trajo la solución deseada a las dudas de la muchacha, pero sus aprensiones continuaron durante todo el día siguiente Sin embargo, y a pesar de que pensó en el asunto con frecuencia, no logró descubrir lo que había creído de falso en la señora Haggenberg.

Al llegar la noche, se acostó, con un libro en las manos, para dormir mejor. Pasado un buen rato, apagó la luz y cerró los ojos.

Momentos más tarde, notó que se sumía en una agradable semiinconsciencia que, no obstante, aún no podía llamarse sueño. Pero su mente cobró una actividad inusitada, independientemente de su voluntad, y volvió a rememorar los momentos pasados en el camerino de Thea.

De repente, volvió a la plena consciencia y se sentó de golpe en la cama, a la vez que exhalaba un fuerte grito:

—¡Ya lo sé! ¡Ya tengo la solución!

Encendió la luz y alargó la mano hacia el teléfono que tenía en la mesilla de noche. Marcó apresuradamente un número, se equivocó, recibió los indignados apóstrofes de un enojado ciudadano, despertado en lo mejor de su sueño, y, al fin, acertó con la cifra de Griffith.

El teléfono sonó varias veces, antes de recibir respuesta a su llamada. Hermione, terriblemente excitada, empezaba a creer que Griffith ya no estaba en su casa, cuando finalmente, oyó su voz.

—¿Si...?

—¡Gracias a Dios! —exclamó Hermione—. Creí que habrías salido.

Ken.

—¿Por qué tenía que salir? He trabajado durante todo el día y. como todo el mundo que trabaja, me he acostado... Pero, ¿qué ocurre para que me llames cerca de la medianoche?

—He encontrado la solución a las mentiras de Thea —dijo ella.

—¿De veras? Eso es muy interesante. ¿En qué mintió, por favor?

—Primero, no salía del baño, como dijo.

—A mi me pareció que si, tenía la cara limpia, el pelo suelto...

—Seco y sin rulos.

—Ah, tenía que ponerse rulos.

—Es lo más lógico en una mujer que se baña, según ella, pasadas las once de la noche, en lugar de hacerlo por la mañana, para ir después a la peluquería.

—Dispensa —dijo Griffith con cierta soma—. Como no soy mujer, desconozco ciertas costumbres de vuestro sexo. ¿Qué más?

—Lo de los rulos, incluso, podría pasar, pero en su camerino no

hay baño. Ken.

—Ninguno de los dos lo vimos...

—Yo, si, aunque entonces no supe darme cuenta. Había otra puerta entreabierta y pude ver un poco de lo que hay al otro lado. Un simple plato de ducha, no una bañera.

—Entiendo... Pero, a veces, uno se ducha solamente y sale diciendo que viene del baño...

—En su caso. no. Una mujer que no actúa en el escenario, no necesita bañarse o ducharse, porque está tranquilamente sentada, bien en el camerino o en la sala, contemplando la función. La cosa es muy distinta, cuando se trata de un actor, que representa su papel intensamente. Ese sí necesita ducharse, por lo menos.

—Hermione, ¿adónde quieres ir a parar? —preguntó Griffith.

—Muy sencillo. Ken. Thea olía a sudor.

Griffith se puso rígido, porque las palabras de Hermione le habían hecho comprender de súbito algo que no hubiera imaginado hasta entonces.

—Creo que entiendo —murmuró.

—Se toma demasiado en serio su papel —siguió la muchacha—. He oído decir que algunos actores viven sus personajes con tanta intensidad y apasionamiento, que llegan a perder hasta dos kilos durante su actuación. Ella se perfumó para recibirnos, pero no tuvo tiempo de prepararse adecuadamente. El olor a sudor, para mí al menos, era claramente perceptible.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Hermione.

—Bien, en tal caso, ¿qué hacemos, Ken? ¿Se te ocurre alguna idea?

—Sí —respondió el joven—. Vamos a hacer un registro en el camerino. Si encontramos lo que esperamos y que no es preciso mencionar, tendremos una de las principales pruebas con las cuales poder acusar a esa banda de depravados sin conciencia. ¿Te parece bien?

—Me parece magnífico. ¿Cuándo?

—Voy a vestirme —anunció él—. Pasaré a buscarte dentro de treinta minutos.

—Estaré lista —declaró Hermione escuetamente.

Colgó el teléfono y se puso en pie, sin ponerse siquiera la bata. Fue al baño y, apenas había traspasado el umbral, sintió un escalofrío, no debido precisamente a la temperatura.

Había alguien allí. No podía verle, pero estaba segura de no hallarse sola en la casa. Dudó un momento y, de súbito, al mirar hacia el espejo, divisó la figura de un hombre gigantesco que se situaba detrás de ella.

Fue a gritar, pero sólo pudo abrir la boca. Un brazo rodeó su

cintura, a la vez que una mano ponía ante su rostro un algodón empapado en un líquido dulzón. Intentó contener la respiración, pero pronto supo que no podía evitar algo irremediable.

Antes de perder el conocimiento, pudo ver el rostro de su atacante, un sujeto hercúleo, con el cráneo completamente afeitado, a excepción de un copete de pelo negro en la coronilla. Luego, las imágenes se hicieron difusas, hasta desaparecer por completo.

* * *

Griffith llegó a casa de Hermione y se sorprendió al no verla en la puerta, como había esperado. Intrigado, llamó, pero no recibió contestación y puso la mano en el picaporte, dándose cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave.

Entró en la casa con paso rápido. Hermione seguía sin responder a sus llamadas de viva voz. Cuando llegó al dormitorio. lo vio ordenado en parte, pero muy pronto llegó a la desagradable conclusión de que Hermione estaba ausente.

—No ha tenido paciencia para esperarme —refunfuñó.

Enojado con la muchacha, prometiéndose administrarle una buena reprimenda cuando la encontrase, salió de la casa y subió a su automóvil Aunque condujo con rapidez, se esmeró en respetar todas las reglas de tráfico, a fin de evitar problemas con la policía. Media hora más tarde, estacionó el automóvil en las inmediaciones del teatro y prosiguió su camino a pie.

Penetró en el callejón y llegó a la puertecita que daba directamente al camerino de Thea Haggenberg. Everard, se dijo, tenía ciertamente una forma muy peculiar de abandonar el lugar donde trabajaba.

—Y tan peculiar —se dijo, sonriendo amargamente al recordar lo que habían averiguado merced a las observaciones de Hermione.

Se preguntó si la puerta estaría cerrada con llave. Pronto salió de dudas.

La puerta cedió fácilmente apenas hizo girar el pomo. Griffith ascendió un par de peldaños, terminó de abrir y llamó a media voz:

—Hermione...

La muchacha no contestó. Griffith se sintió invadido por una rara aprensión que le hizo pensar en una deducción errónea, al suponer que Hermione se había ido antes que él al teatro.

Sin poder evitarlo, retrocedió y se encontró de nuevo en el callejón. Después de meditar un segundo, se asomó a la calle principal.

El coche de Hermione no se veía por ninguna parte. Griffith apretó los labios y, tras unos segundos de indecisión, volvió al suyo, donde guardaba algo que le había sido aconsejado por el sargento a Griffith para defenderse de la posible agresión por parte de algún ladrón

violento.
Con aquel objeto en la mano, regresó al teatro. Esta vez, penetró resueltamente en el camerino, pero, antes de que hubiera cerrado la puerta, vio aparecer a un desconocido.
El sujeto sonreía perversamente. Griffith calculó que le pasaba medio palmo y veinte kilos de peso. Indudablemente, se dijo, el sujeto había acentuado sus rasgos fisonómicos con aquel exótico afeitado de su cráneo.
—Vamos a dar una representación —dijo el oriental—. Le hemos reservado un asiento de primera fila.
Griffith no se inmutó.
—¿De veras? —preguntó, con la mano derecha oculta a la espalda.
El hércules se le acercó.
—Tenemos la butaca preparada. Al final, la conectaremos a una corriente de alto voltaje para que se tueste.
—Una silla eléctrica, vamos.
—Si.
Las manos del oriental se alargaron hacia su cuello. Entonces, Griffith sacó la suya y arrojó a los ojos del sujeto un chorro de gas lacrimógeno.
Sonó un rugido de furor. El oriental manoteó frenéticamente, cegado por completo, mientras trataba en vano de alcanzar al joven. Griffith esquivó fácilmente sus ataques. Luego, con gesto audaz, alargó la mano izquierda y cerró dos dedos en pinza sobre su nariz.
El sujeto aulló. Entonces. Griffith le lanzó un poderoso chorro de gas directamente a la boca, manteniendo la presión sobre la válvula con tenacidad, hasta que el otro dio evidentes síntomas de asfixia.
El oriental había dejado de ser enemigo. Fríamente, Griffith tiró el «spray» a un lado, y luego, con ambas manos, agarró el copete de pelo de su vencido antagonista, arrastrándolo hasta la puerta del camerino. al llegar a la puerta, le asestó un terrible puntapié, lanzándolo sin misericordia al callejón.
Ahora ya no le cabía la menor duda de que Hermione había sido secuestrada. Estaba seguro, incluso, de que le habrían llamado a su casa para comunicárselo y atraerle al teatro, pero él mismo había facilitado la acción de los asesinos, acudiendo por propia iniciativa.
—Dejaron a ese malo de película para aguardarme, pero no se imaginan ni de lejos lo que ha ocurrido.
Estarían adentro, esperando a que el esbirro le llevase prisionero, hasta la silla que le habían preparado para contemplar la «función» en una primerísima fila. Un instante sintió cierto desfallecimiento al pensar en la clase de muerte reservada a Hermione. ¿Qué nuevo procedimiento, lleno de sadismo y perversión pensaban emplear?

Cuando iba a salir del camerino, se dijo que necesitaría un arma. El pulverizador de gas lacrimógeno podía no dar tan buen resultado en un segundo empleo. De pronto, vio unas enormes tijeras sobre una consola, junto a la otra puerta, y se apoderó de ellas sin vacilar.

Lenta, cautelosamente, salió al corredor de camerinos. En el interior del teatro reinaba un silencio absoluto. Paso a paso, buscó el acceso al escenario. Llegó ante una puerta que consistía simplemente en unas cortinas, y las apartó un poco.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al ver la situación en que se hallaba Hermione.

La muchacha estaba en el centro del escenario, atada a un poste con cuerdas, y frente a una extraña plataforma vertical, colocada a menos de cinco metros de distancia, justo en el lugar donde debía hallarse la concha del apuntador.

Hermione había sido despojada de todas sus ropas y aparecería completamente desnuda, con la cabeza caída sobre el pecho y el cabello, suelto, ocultándole las facciones. Un hombre surgió de pronto y. acercándose a la joven, le puso un frasquito abierto bajo la nariz.

Ella reaccionó vivamente. Griffith comprendió que Hermione había sido traída narcotizada y que trataban de hacer la volver a la vida. Sintió el impulso de arrojarse sobre Kealon, pero logró contenerse, porque, de pronto, había visto algo que le puso los pelos de punta

En la plataforma de madera situada frente a Hermione asomaban numerosas puntas de metal. Griffith comprendió que era un diabólico artilugio ideado por una mente infernal. En el momento en que alguien apretase determinado resorte, una docena o más de acerados dardos saldrían para clavarse en el indefenso cuerpo de la muchacha.

Al otro lado, a la izquierda de Hermione, vio una silla, con abrazaderas para las muñecas y los tobillos. Un grueso cable partía del respaldo hacia el otro lado del escenario, conectado, sin duda, a una toma de corriente.

—Un buen lugar para la observación —se dijo—. ¿Dónde diablos habrán situado las cámaras para filmar esta infernal escena?

Hermione levantó al fin la cabeza y Kealon se retiró. Griffith se dispuso a actuar, pero, de pronto, vio algo a un paso de distancia.

Era un cable finísimo de metal, situado a unos diez centímetros del suelo, y muy tenso. El joven presintió que se trataba de una trampa y, agachándose lentamente, utilizó las tijeras para cortarlo. No sabía qué había desconectado, pero se sentía mucho más seguro al ver el cable caído inofensivamente sobre el pavimento de tablas.

De pronto, se oyó la voz de Kealon:

—Griffith no puede tardar mucho Voy a prepararme para el acto

final. ¿Estás tú lista?

—Sí —contestó Thea desde alguna parte—, estoy lista.

Kealon desapareció. Griffith tensó todos sus músculos. De repente, vio al jorobado surgir de alguna parte, caminando con su paso retorcido habitual.

Everard no se había dado cuenta de su presencia y se hallaba de espaldas a él. Griffith se metió las tijeras en el cinturón de sus pantalones y luego, bruscamente, saltó hacia adelante.

Con las dos manos, agarró el pelo de Everard y sus ropajes y tiró con todas sus fuerzas. Junto con el sonido de telas rasgadas, se oyó un grito de sorpresa, emitido sin duda por la garganta de una mujer.

Griffith volvió a tirar. La joroba desapareció y los cabellos de Thea Haggenberg quedaron al descubierto, así como su hermoso rostro, deformado por el odio. Ella se revolvió con ferocidad, pero Griffith la rechazó de un empellón, haciéndola rodar por el escenario.

—Hermione, no temas; aquí estoy yo —dijo con voz clara y firme.

CAPITULO XII

La muchacha volvió la cabeza al oír a Griffith y lanzó una exclamación de súplica:
—Ken, sálvame...
Pero la atención del joven se vio bruscamente desviada al ver que Thea se incorporaba velozmente. La mujer dio un par de pasos adelante y entonces él sacó las tijeras y puso las dos puntas delante de su pecho
—Un paso más y apretaré a fondo —amenazó.
En el rostro de Thea había una furia indescriptible.
—Maldito... No ha caldo en nuestra trampa...
—Empiezo a conocer su forma de actuar —sonrió el joven—. Kealon. deje sus malditas cámaras y baje. Hay mucho de qué hablar, antes de que les entreguemos a la justicia. Tienen que responder de innumerables crímenes y ya ha llegado la hora de que paguen sus culpas.
Thea alzó la barbilla orgullosamente.
—¿Hay pruebas contra nosotros?
—La policía capturó una película muy especial. A usted se la ve bajo el disfraz de Everard. Grabaron unas escenas horripilantes, asesinatos auténticos...
—Había gente caprichosa que pagaba un montón de dinero por esas películas —respondió Thea desvergonzadamente.
—Y ustedes, además, se aprovechaban de la buena situación económica de alguna de sus víctimas, por ejemplo. Gladys Moore. Fue usted. Thea, la que entró en casa de Hermione, disfrazada de Everard, para robar algún documento que llevase la firma de Gladys, ¿no es así?
—Lo necesitábamos. Ella tenía que cobrar veinte mil libras de una herencia. Era una lástima desperdiciar ese dinero —dijo la mujer, sin abandonar su tono de cinismo un solo instante.

De pronto. Griffith alargó la mano izquierda y la asió por el cuello. Tiró de ella y se acercó al poste.

—No se mueva. Thea —ordenó—. Antes de que pueda hacer algo, la atravesaré el cuello con estas tijeras.

La mujer se mantuvo inmóvil, mientras Griffith cortaba las cuerdas que sujetaban a Hermione al poste. Cuando la muchacha hubo quedado libre, él le hizo una indicación:

—En el camerino encontrarás ropas, aunque sea una simple bata.

Hermione asintió y echó a correr. Griffith soltó el cuello de Thea, pero siguió manteniéndola bajo la amenaza de las tijeras.

—Lanza usted muy bien el cuchillo. ¿Dónde aprendió ese arte? —preguntó.

—Trabajé hace artos en un circo —respondió ella.

—Luego pensó que sus ingresos eran insuficientes y se dedicó a producir cierta clase de películas de horror absoluto, con muertes y violaciones auténticas. ¿No le remuerde la conciencia?

Thea se encogió de hombros.

—Eran gente parásita, sin ningún fin en la vida. Gladys, por ejemplo, era una perfecta nulidad como artista...

—Pero era un ser humano, lleno de vida, y ustedes se la arrebataron canallescamente. Como hicieron también con Brammond...

—Era un traidor. Nos ayudó en un principio, pero luego pidió más dinero...

—Y, claro, sacaron provecho de su muerte —dijo Griffith sarcásticamente—. ¿Quiénes fueron los «aserradores»?

Thea hizo un gesto ambiguo. Griffith se dijo que, en el fondo, poco importaba. Kealon y el oriental tendrían mucho que decir cuando les llegase la hora de responder ante la justicia.

—Tengo entendido que Gladys fue vista abandonando Tyllencoon. ¿Cómo lo consiguieron?

—«Pegaron» la cabeza al tronco y envolvieron el cuello con una bufanda —explicó Thea sin inmutarse.

—Y usted, supongo, fue la autora de la llamada que me hizo acudir a Kelphax House.

—En efecto. Cayó en la trampa, pero, ¿cómo lograron escapar?

Griffith sonrió.

—Había tenido la precaución de examinar los planos. Usted, sin duda, desconocía la existencia de un pasadizo secreto, que nos permitió escapar indemnes.

—Tuvieron suerte, en efecto. Pero, me parece, esa suerte se ha acabado.

Griffith se atiesó. Thea miraba a alguna parte detrás de él. Al volver la cabeza, divisó a Kealon, quien sujetaba a Hermione por un brazo, con la mano izquierda, mientras que con la otra sostenía una pistola que apuntaba directamente a la sien de la muchacha.

—Vamos a representar la función tal como habíamos planeado —dijo Kealon, en cuyo rostro aparecía una sonrisa más propia de un demonio que de un ser humano.

* * *

Thea lanzó una estridente carcajada. Al oiría, Griffith pensó que la mujer, acaso, no se hallaba en la plenitud de sus facultades

mentales. Vaciló un momento, con la vista fija en Hermione y. luego, resignadamente, hizo un encogimiento de hombros.

Thea le quitó las tijeras sin encontrar resistencia. Por un instante. Griffith llegó a temer que aquella mujer, en su insania, se las clavaría en el pecho, pero Kealon pareció pensar lo mismo y lanzó una seca orden:

—¡No! La función debe realizarse, tal como lo hemos proyectado. La chica, en el poste, y él, en la silla eléctrica.

—Se van a divertir mucho —dijo Griffith—. ¿Cuánto costará una copia de esta película?

—Miles de libras. Hay verdaderos sibaritas que pagan fortunas enteras por algunas de nuestras producciones —contestó Kealon con acento lleno de perversidad.

—¿Filmaron también la muerte de Vera?

—Sólo se simuló. Mi hermana está de viaje —declaró Thea.

Griffith alzó las cejas. ¿Por qué daba aquella respuesta tan extraña?

—¿Está segura? —preguntó.

—Si. Ella misma me lo anunció...

Griffith se volvió hacia Kealon, en cuyo rostro había un gesto de indudable preocupación.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Claro que sí. Vera se marchó del país...

—Convertida en humo.

Hubo un momento de silencio. Griffith espiaba cuidadosamente las reacciones de los dos criminales. De algún modo. Kealon había engañado a Thea, haciéndole creer que su hermana estaba fuera del país, en lugar de muerta y reducida a cenizas.

—Vera se marchó al extranjero —insistió Kealon.

Griffith se volvió hacia la otra.

—Cuando pueda, contemple la proyección en que el oriental. disfrazado de sacerdote de alguna extraña religión, degüella a su hermana, después de haberla violentado. Kealon y su esbirro dejaron allí el cadáver, que debía arder cuando incendiaran la casa, conmigo dentro. Y de este modo, borraban las pruebas de otro crimen, porque los compradores de la película, lógicamente, no la iban a mostrar a la policía.

El rostro de Thea sufrió una transformación total. Sus ojos despedían llamas al encararse con Kealon.

—Lo que dice el abogado es cierto —exclamó.

—No le hagas caso —protestó el sujeto—. Sólo pretende indisponernos el uno con el otro...

—No miento —terció Griffith.

De pronto. Thea se separó del joven y se acercó a Kealon.

—Hicimos un acuerdo —dijo—. Vera se iría del país y tú falsificarías

su firma...

—Escúchame, Thea; ella se negó a tomar parte en el plan... No tuve otro remedio que quitarla dé en medio...

Podía estropearlo todo... —contestó Kealon desesperadamente.

—Era mi hermana —insistió Thea, con los ojos fuera de las órbitas —. No tenía que morir. Alvin.

Hermione se dio cuenta de que Kealon vacilaba y. súbitamente, dio una fuerte sacudida y logró librarse de la sujeción a que estaba sometida. Kealon, concentrada su atención en Thea, no reaccionó siquiera.

Griffith presintió el final del drama. Sin hacer caso de la amenaza que suponía la pistola, transformada en una fiera irracional, Thea continuaba acercándose a Kealon.

El hombre retrocedió, describiendo un pequeño semicírculo, sin separar la vista de Thea.

—No cometas ninguna imprudencia. Thea... Procura calmarte; Vera, a fin de cuentas, está ya muerta y no se puede hacer nada por ella...

—Era mi hermana —dijo la mujer con acento obsesivo—. Mi hermana, ¿lo oyes? Tienes que pagar su muerte...

De pronto, dio un salto hacia adelante, manejando las tijeras como si utilizase una espada. Kealon acentuó aún más la velocidad de su retroceso, pero, en aquel instante, su pie derecho tropezó con algo.

Era el cable de metal que Griffith había cortado desde el arranque, pero que, sin embargo, conservaba su tensión en aquel punto. Kealon se hallaba entonces justamente entre la plataforma y el poste.

Se oyó un sordo zumbido. Dos docenas de dardos metálicos partieron con tremenda potencia, clavándose casi todos en el tórax del sujeto.

Kealon emitió un horripilante alarido al sentirse atravesado por más de veinte gruesas agujas de acero Estremeciéndose convulsivamente, tiró la pistola a un lado para intentar desclavarse los dardos.

Thea exhaló una satánica carcajada de alegría, a la vez que iniciaba una demencial danza en torno al sujeto, cuyas convulsiones no cesaban un momento. Extrañamente. Kealon se mantenía aún en pie y Griffith comprendió, horrorizado, que las heridas de los dardos no producirían la muerte instantánea.

Simplemente, habían querido filmar, minuto a minuto, la agonía de Hermione, a fin de captar sus sufrimientos con todo detalle. De pronto, ocurrió algo inesperado.

Enloquecido por el dolor. Kealon se arrojó contra Thea, pero ella esquivó en parte su ataque, aunque no pudo impedir un empellón que la lanzó contra la butaca que debía haber ocupado Griffith.

Entonces se produjo un suceso increíble. Thea se sentó un momento en la butaca, de la que brotaron en el acto unos fuertes chispazos, a la vez que se percibían unos secos estallidos.

La mujer aulló con voz que no parecía humana, a la vez que se retorcía como una posesa, envuelta literalmente en fuego azulado. De pronto, una terrible sacudida la arrojó fuera de la butaca, envuelta en humo, con el rostro enrojecido, irreconocible a causa de las descargas eléctricas.

Griffith pasó un brazo por los hombros de Hermione, tratando de evitar que la muchacha contemplara aquel cuadro espeluznante. Kealon, con la espalda convertida en un acerico, manoteaba frenéticamente, pero, de pronto, perdió las fuerzas y cayó de bruces al suelo.

En aquel momento, varios hombres, algunos de uniforme, irrumpieron en el escenario Griffith reconoció a su amigo el sargento Cawstore. Dos agentes llevaban al oriental, todavía cegado, con las manos a la espalda, sujetas las muñecas por unas argollas de acero.

—Parece que hemos llegado un poco tarde —dijo Cawstore al ver aquel espectáculo.

—Ha sido mejor así —respondió el joven—. Pero ese individuo que está ahí podrá daros muchas explicaciones.

—Así lo espero —convino el policía.

Griffith empujó a la muchacha hacia la salida. Antes de cruzar la puerta, volvió la mirada un instante.

Thea y Kealon, dos archicriminales, habían dejado ya de moverse. ¿Qué cámara había grabado unas muertes tan horribles?, se preguntó.

* * *

—Resulta que Néstor Hinton, así se llama el oriental, falso oriental, desde luego, no era un experto precisamente en electricidad y dejó conectada la silla eléctrica —explicó Griffith dos días más tarde—. Era, es, hombre de pocas luces, pero, precisamente por eso mismo, el cómplice ideal para la monstruosa trama ideada por dos personas sin escrúpulos.

Hermione asintió, mientras llenaba las tazas.

—¿Grabaron aquellas escenas? —preguntó.

—Sin omitir el menor detalle —respondió Griffith.

—Naturalmente, tú has visto la película...

—Debo admitirlo. La guardarán como prueba, pero, no temas, no será exhibida en público. Cawstore me ha prometido que, apenas termine la investigación, destruirán el fragmento en que apareces tú... sin ropa.

Ella se puso colorada.

—No me gusta pensar en ello, pero también me digo, a veces, que lo hice a la fuerza —contestó.

Griffith sorbió un poco de té. Luego meneó la cabera.

—La mente de algunas personas es un pozo de perversión infinita —dijo—. Pero muchos pagarán cara su afición a esa clase de películas. La policía ha encontrado un completísimo archivo de nombres y direcciones. Y. aún más, Hermione.

—¿Todavía más? —se sorprendió la muchacha—. ¿No tenían bastante con lo que cobraban por esas horribles películas?

—Bien mirado, el precio no compensaba demasiado. Pero ya empezaban a planear chantajes sobre los compradores, ¿entiendes?

—Así hubieran conseguido enormes sumas de dinero, ¿no es cierto?

—En efecto. Pero nosotros acabamos con ese negocio y... Hermione, te sugiero dejar este tema y cambiarlo por otro más agradable.

Ella levantó las cejas.

—¿Qué tema, Ken? —preguntó.

—¿Has superado ya el trauma que te produjo la acción de tu prometido?

—Pues..., si, ya no me acuerdo siquiera de un suceso tan poco agradable —respondió la muchacha

—Bien, en tal caso, me parece que puedo pedirte que te cases conmigo. Estoy enamorado de ti y... Bueno, no es precisamente un bonito discurso para defender mi causa...

Hermione sonrió y. acercándosele, puso sus manos sobre los hombros del joven.

—El tribunal me sentencia a aceptar tu petición —dijo.

Los ojos de la muchacha brillaban de un modo especial. Ya no había horror en ellos, sino felicidad, adivinó Griffith.

F I N

